

DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

por Juan Bosch

Reproducción especialmente autorizada para "Tercos"

LA SITUACION DE LA AMERICA LATINA

Comentando los informes preliminares sobre la economía de la América Latina en 1968, ofrecidos por la Organización de Estados Americanos (OEA), Comercio Exterior, de México, D. F., (Ver "Modesta Recuperación", en *El Caribe*, Santo Domingo, 12 de abril de 1969, pág. 6-A), decía que "lo cierto es que América Latina no sale del caos en su desarrollo industrial. no puede programar sus inversiones y no alcanza, por consiguiente, una capacidad suficiente de producción y de mercado propios". Todas esas palabras significan simplemente que la América Latina no avanza ni un paso hacia el desarrollo.

A fines de 1968, el Departamento de Publicaciones de las Naciones Unidas distribuyó un libro de 268 páginas llamado "El Estudio Económico de la América Latina 1967", y sus primeras palabras son éstas: "La evolución económica de América Latina mostró en 1967 resultados insatisfactorios, que se resumen en un crecimiento del producto por habitante de sólo 1.5 por ciento. Este incremento tan débil, unido al también exiguo que se registró en 1966, anuló los avances relativamente apreciables que se registraron en 1964 y 1965, y determinó que en lo que va corrido de esta década el promedio de aumento anual del producto por persona apenas llegue al 1.6 por ciento".

Los pueblos latinoamericanos entenderán mejor ese párrafo cuando se les diga en su propia lengua. En resumen, lo que quieren decir tantas palabras técnicas y tantos números es que en los últimos doce años, a partir de 1955, la situación de la mayoría de los habitantes de la América Latina no ha mejorado; al contrario, ha empeorado. Y efectivamente, un latinoamericano del pueblo, no un capitalista, podía esperar en 1955 que de cada 100 dólares —o pesos, o bolívares, o cruzeiros o sucres; la moneda de su país, en fin— que aumentara la producción en 1956, a él le tocarían 2 con 20 centavos o céntimos; pero resultó que lo que le tocó cada año, entre 1955 y 1960, fue sólo 1 con 80, y al terminar el año de 1967 le tocaba todavía menos, 1 con 50.

En el año de 1967 los países de la América Latina tuvieron que pagar a los extranjeros 1.600 millones de dólares más que lo que recibieron por la venta de sus productos, lo que quiere decir que cada latinoamericano —hasta los recién nacidos— aportó ese año seis dólares para que una minoría comprara cosas extranjeras. El origen de ese déficit de 1.600 millones de dólares en un año nada más está en que cada vez tenemos que pagar más por lo que se compra en el extranjero y al mismo tiempo cada vez los países extranjeros pagan menos por nuestros productos; pero también está en que los fabricantes y los vendedores de artículos norteamericanos y algunos de otros países han conseguido llevar con su propaganda a una minoría de latinoamericanos, que no alcanza a más de 5 por 100 de nosotros, a comprar objetos de lujo, automóviles carísimos, ropa de primera; todo lo mejor, en fin. Y eso hay que pagarlo en dólares. Pero además de eso, los extranjeros que llevan dinero a nuestros países para montar industrias y negocios sacan de la América Latina demasiados dólares. Así, en el libro del padre Germán Guzmán C. "Camilo, el Cura Guerrillero" (SEP, Bogotá, Colombia. Segunda edición, Junio de 1967, página 50), puede leerse lo siguiente:

"En relación con la inversión norteamericana se debe anotar: a) Por cada dólar de inversión directa privada norteamericana en Colombia, se extraen anualmente 2.27 dólares (2 dólares con 27 centavos) entre utilidades y dividendos. b) Entre 1951 y 1961, por cada dólar que los norteamericanos trajeron al país, obtuvieron cerca de 4 dólares por efecto de intercambio no equivalente... c) Sólo en 1965, por cada dólar que nos prestaron los Estados Unidos, debió pagar Colombia 1.50 por amortización e intereses. El padre Guzmán sacó esos datos de informes publicados por la International Financial Statistics (octubre de 1966, pág. 86); por las Naciones Unidas (El Financiamiento Externo de América Latina, Nuevo York, 1964, página 53) y por la Contraloría General de la República, revista "Economía Colombiana", No. 82, página 35.

Pero hay otros muchos datos sobre los dólares que sacan los Estados Unidos de nuestros países. Una persona tan autorizada como Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, que es una institución encargada de proporcionarles dólares a los gobiernos de la América Latina, decía en su libro "El Desarrollo de América Latina y su Financiamiento" (Editado por Aguilar Argentina, S. A. de Ediciones, Buenos Aires, 1967, página 44), que "la deuda pública externa de América Latina, pagadera en divisas (deuda pendiente incluyendo saldos no reembalsados) que en 1950 llegaba a 1.741 millones (de dólares), y que en 1955 ya alcanzaba a 3 mil 666 millones, se ha elevado en 1963 a un monto estimado de 9 mil 100 millones.. En 1962 ya tenía América Latina que destinar 1.200 millones al año para el servicio de la deuda externa total. Se calcula que en 1965, sumados los servicios de la deuda externa pública y privada significarán una erogación anual de más de 2 mil 200 millones, suma superior al total de la ayuda externa anual prevista en la Carta de Punta del Este".

Efectivamente, lo que pagamos en dólares por el dinero que nos prestan es una proporción muy alta de lo que producimos. De cada 100 dólares que exportaba la América Latina en 1950, tenía que destinar 3 dólares con 50 centavos a pagar principal e intereses por dos dólares que cogía prestados; cinco años después, en 1955, esos 3 con 50 habían pasado a ser 6; en 1962 pagábamos 16 de cada 100 que exportábamos. En diciembre de 1967 habíamos pagado 734 millones de dólares por intereses solamente sobre los préstamos de la Alianza para el Progreso, según explicó el Dr. Sanz Santamaría, Presidente de la Comisión Internacional de la Alianza para el Progreso, en declaraciones publicadas en el Boletín de la Unión Panamericana, número correspondiente al mes de octubre de 1968. Esos préstamos de la Alianza habían llegado al terminar el año 1967 a 5 mil 800 millones de dólares, de los cuales nuestros países habían pagado 2 mil 100 millones del principal y los mencionados 734 millones de intereses; en total, los pagos habían sido de 4 mil 543 millones y seguíamos debiendo 2 mil 966 millones. Por esos números podemos ver que por los 5 mil 800 millones que prestó la Alianza para el Progreso hasta diciembre de 1967 la América Latina tendrá que pagar 7 mil 509 millones. El escritor francés Claude Julien presenta un cuadro en el que se ve que con una inversión de 9 mil 371 millones de dólares hecha entre 1959 y 1965, los norteamericanos sacaron de la América Latina beneficios de 5 mil 297 millones ("L'Empire Américain" Editions Bernard Grasset, París, 1968, página 228). En la América Latina hay mucha gente equivocada por la propaganda o engañada con mentiras que cree de buena fe que los norteamericanos van a nuestros países a llevar

dinero; en realidad, a lo que van es a sacar, y tal como lo dicen los números, la Alianza para el Progreso no da nada; presta y cobra lo que presta con interés.

Muy a menudo los dólares que se sacan de nuestros países no figuran en las estadísticas porque son comprados en bolsa negra y se llevan afuera sin que nadie lo sepa. Los dólares salidos que más se notan son los que aparecen en los déficits comerciales, esto es, los que se producen porque compramos en el extranjero más de lo que vendemos. Por ejemplo, en los últimos años la República Dominicana tuvo los siguientes déficits en dólares: 12 millones 990 mil en 1964; 24 millones 36 mil en 1966; 18 millones 515 mil en 1967; en total, una pérdida neta de 55 millones 542 mil dólares (Véase "Comercio Exterior de la República Dominicana", Oficina Nacional de Estadísticas, Secretariado Técnico de la Presidencia, Santo Domingo, D. N. 1968. página 1).

Ateniéndonos sólo a los déficits en dólares que figuran en cada balance anual, podemos anotar que de acuerdo con "América en Cifras, 1955" (publicado en 1966 con datos hasta 1964, la última de las publicaciones de una serie con el mismo título que hace el Instituto Interamericano de Estadística, de la Unión Panamericana), trece países de la América Latina tenían al terminar el año de 1964 una balanza de pagos negativa sólo cuatro la tenían positiva y uno, el Brasil, no tenía datos de 1964. En 1966, el déficit total fue de 520 millones de dólares y en 1967 aumentó a 1.600 millones. Entre los países que tienen déficit no están sólo los más pequeños y los más pobres; se hallan también algunos tan grandes, tan importante y tan ricos como Argentina, México, Colombia y Chile.

LOS DOLARES Y EL DESARROLLO

¿Qué importancia tiene para la América Latina esa pérdida constante de dólares?

Tiene mucha importancia. pues el dólar, una moneda que recibimos en pago de lo que vendemos en los Estados Unidos, Canadá y Europa, nos sirve para pagar lo que compramos en esos mismos países. Debe aclararse que cualquier país de la América Latina recibe dólares y paga en dólares aunque no comercie con los Estados Unidos; lo que pasa es que el dólar es la moneda con la cual se hace el comercio internacional de la América Latina. Algunos países, como Jamaica, Trinidad, Barbados, y Guayana, hacen su comercio a base de la libra esterlina, que es la moneda inglesa. Los latinoamericanos necesitamos dólares para comprar maquinarias y otros productos industriales y también para adquirir capa-

cidad técnica, pues aquellos y ésta son indispensables para el desarrollo de nuestra riqueza; y resulta que en vez de acumular dólares lo que acumulamos son deudas en dólares, lo que hace que cada vez sea más difícil para nosotros conseguir lo que necesitamos para progresar.

En cuanto a capacidad técnica, la situación de la América Latina es penosa. Está probado que no puede haber desarrollo de las riquezas de ningún país sino se forman técnicos que dirijan y lleven a cabo el desarrollo, y para formar un técnico en la América Latina hoy que gastar el equivalente de diez a veinticinco mil dólares. Pues bien, en el año de 1965 salieron hacia los Estados Unidos 7 mil 804 técnicos latinoamericanos, de los cuales 973 eran argentinos. (Ver cable de Buenos Aires publicado en "El Nacional" de Santo Domingo, 10 de noviembre de 1968, página 9). En el mismo diario, día 3 de noviembre, 1968, páginas 20-21, se publicó un estudio de Ernesto Saúl titulado "América Latina: Universidad y Fuga". en el cual se afirma que en 1970 Chile tendrá un déficit de 5 mil 481 profesionales sólo en las ramas de medicina, ingeniería, agronomía, odontología y arquitectura. El autor dice: "Entre 1961 y 1965 emigraron a los Estados Unidos 2 mil 515 médicos latinoamericanos, lo que representa un promedio de 500 médicos anuales. Se calcula que esta cantidad equivale a la producción de tres facultades de medicina, que costarían a Estados Unidos 60 millones de dólares por concepto de edificación y 15 millones de dólares anuales para su funcionamiento. Estas sumas son superiores al total del aporte de Estados Unidos a Latinoamérica por concepto de salubridad. La emigración de ingenieros con el mismo destino alcanza también una cifra cercana a los 500 anuales".

¿Qué quiere decir eso?

Quiere decir que además de tener cada año un déficit en dólares los latinoamericanos tenemos un déficit en técnicos. Necesitamos técnicos y resulta que los que tenemos se van hacia los Estados Unidos, y sin técnicos no podremos desarrollar nuestros países, aumentar nuestra riqueza y con ello mejorar el nivel de vida de nuestros pueblos, garantizar su salud y ampliar su cultura.

Para comprender la importancia de la técnica en el aumento de la producción vamos a copiar lo que dice el profesor francés M. Lewin en "Introducción a los problemas de la Cooperación y el Desarrollo", publicado por el Instituto Internacional de Administración Pública (París, Francia), para el uso de sus estudiantes. En la página 20 del trabajo del profesor Lewin puede leerse que según un estudio hecho por Gospián, que es el departamento encargado de hacer planes de desarrollo en la Unión Soviética, "un año de aprendizaje suplementario en una fábrica aumenta

la productividad de un obrero analfabeto de 12 a 16 por ciento, pero un año de estudios primarios provoca un aumento de la productividad en 30 por ciento, cuatro años de estudios provocan una mejoría de 70 por ciento y siete años de asistencia escolar provocan 235 por ciento de progreso en la productividad económica de ese trabajador, y los estudios superiores, es decir, diez o quince años de estudio, se reflejan en un 320 por ciento de aumento en la productividad".

Si la productividad de un trabajador, o lo que es lo mismo, su capacidad para producir, aumenta de acuerdo con sus estudios, la situación de la América Latina es mala. Según las apreciaciones de la UNESCO, en 1965 el 29 por ciento de la población que tenía más de 15 años no sabía leer ni escribir; pero eso no significa que supieran hacerlo los que tenían menos de 15 años y más de 7, pues todos los años se quedan millones de niños latinoamericanos sin escuelas. El padre Guzmán C. (obra citada, página 48) dice que en 1959, de 1 millón 886 mil niños campesinos de Colombia, 1 millón 806 mil 732 se quedaron sin escuela, y que en 1965 no hubo lugar en las escuelas del país para la mitad de la población escolar ni para el 86 por ciento de la educación secundaria ni para el 97 por ciento de la educación superior. Y Colombia no es el único país de la América Latina donde sucede eso o algo parecido.

¿Cómo se explica semejante situación? ¿Por qué hay en la América Latina dinero para fabricar casas lujosas, edificios de apartamentos, hoteles caros, para comprar automóviles que parecen palacios que ruedan, yates y whisky, y no hay dinero para educar a los niños campesinos? ¿Qué pasa con los dólares de la Alianza para el Progreso, que no alcanzan ni siquiera para dar escuelas a los niños que las necesitan?

Los dólares de la Alianza para el Progreso no son dólares aunque a la hora de pagarlos tenemos que hacerlo en dólares; en su mayor parte lo que recibimos a través de la Alianza son productos, y con frecuencia el precio de esos productos es más caro que si hubieran sido comprados con dinero en otros países. y por cierto una parte apreciable no nos llega ni siquiera en productos sino en ayuda técnica, en estudios de obras y en proyectos. Esa ayuda técnica resulta muy cara porque se nos cobra por ella al precio que se paga en los Estados Unidos, un país donde todo cuesta mucho más que en la América Latina; y se da la contradicción de que pagamos el trabajo de técnicos norteamericanos y al mismo tiempo nuestros técnicos han estado yendo a darles a los Estados Unidos los conocimientos que adquirieron en nuestros países con dinero y esfuerzos producidos por nuestros pueblos.

INVERSIONES PARA LA PRODUCCION

Todo lo que produce un país se suma cada año y al total de esa suma se le llama Producto Nacional Bruto, o PNB. Para que un país o un cierto número de países progrese su PNB tiene que aumentar año por año más que su población. Esto puede explicarse con un ejemplo. Si un hombre que hace sillas de mesa produce al mes 100 pesos —o 100 balboas, 100 cruzeiros, 100 quetzales; cualquiera que sea la moneda de su país—, y con esa entrada puede mantener a su mujer y a dos hijos, al tener otro hijo el dinero no le alcanzará para que la familia viva al mismo nivel que antes; si le nacen dos hijos más, la situación de la familia será más estrecha, y llegará el momento en que ya no podrá mantenerse con las mismas entradas. O éstas aumentan o se pasarán estrecheces.

En el caso de un país, el aumento del PNB tiene que ser cada año superior no sólo al aumento de la población, sino que además deberá ser superior en una cantidad determinada. Si la población aumenta un 1 por ciento, el PNB tiene que aumentar más de esa proporción. ¿Por qué? Porque por cada 1 por ciento de más personas hay que invertir al año siguiente un 3 por ciento del PNB de ese año debido a que sin esa inversión no sería posible aumentar la producción en la cantidad que hace falta para alimentar, vestir y dar techo a ese 1 por ciento que nació el año anterior. El asunto es complicado, pues este año nacen los niños, pero los que habían nacido seis años antes y están vivos todavía, entran este año en la escuela, de manera que hay que hacer más escuelas para ellos; los que habían nacido hace diecisiete años entran este año en edad de trabajar, y es necesario que se monten fábricas para que encuentren trabajo. Hay especialistas que consideran que la inversión del 3 por ciento del PNB no es suficiente para cubrir todas las necesidades que tiene una población que crece un 1 por ciento al año y que debe invertirse el 4 por ciento del PNB. Ahora bien, en la América Latina la población aumenta cada año a razón de 2.9 personas por cada 100 habitantes, y eso quiere decir que los países latinoamericanos deben invertir en conjunto el 8.7 por ciento de su PNB cada año, si es que se está de acuerdo con los que opinan que la inversión de un 3 por ciento por cada 1 por ciento de aumento de la población es suficiente, porque si se está de acuerdo con los que piensan que lo correcto sería invertir el 4 por ciento, entonces la inversión total deberá ser el 11.6 por ciento del PNB.

En la América Latina no está haciéndose ni lo uno ni lo otro. La inversión del conjunto de nuestros países no llega a esas cifras, salvo los pocos años de precios muy buenos que coinciden con cosechas muy buenas. cosa que se da muy pocas veces. En algunos países la inversión puede llegar y hasta pasar del 8.7 por ciento o del 11.6 por ciento,

pero no siempre y nunca en todos. En el mundo hay países que invierten cada año proporciones muy altas de su PNB, y debido a esa alta inversión aumentan también cada año su PNB de manera notable lo que les permite disponer cada vez de más y más riquezas dada que sólo es riqueza lo que se produce. Por ejemplo, en 1966 el Japón invirtió 33 centavos dólar de cada dólar que produjo en 1965, Suiza invirtió casi 28 centavos de cada dólar; Alemania del Oeste, un poco más de 26 centavos; Italia y Holanda, un poco más de 24 centavos, y aunque en ese mismo año 1966 hubo un país latinoamericano que invirtió casi tanto como el Japón, ese país fue el único en toda América Latina que dispone de grandes entradas debido a su enorme riqueza petrolera y mineral, y nos referimos a Venezuela. Los países del Mercado Común Centroamericano —que son Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica— invirtieron en 1966, 12 centavos de cada dólar producido en 1965; Chile invirtió 11 y Bolivia 7.

Ahora bien, esos números dicen poco si no se relacionan con el aumento de la población. La población de Costa Rica, por ejemplo, crece a razón de 3.8 anual por cada 100 personas, de manera que si debe invertir anualmente el 3 por ciento por cada 1 por ciento de aumento de su población, en 1966 debió invertir el 11.8 por ciento de lo que produjo en 1965, y si invirtió el 12, que es sólo 2 décimos de centavo más que el 11.8, no podía esperar en 1966 ningún progreso importante a menos que lo tuviera por causas naturales, como tiempo excepcionalmente bueno para el café, que es su principal producto de exportación; y el tiempo excepcionalmente bueno o malo no puede predecirse, de manera que contando con él es imposible planear el desarrollo de un país.

Pero hay algo más que aclarar, pues el tanto por ciento del PNB que se invierte puede ser bajo, aunque la cantidad parezca alta; eso depende de cuál fue el aumento del PNB en los años anteriores. Así, en relación con el PNB de 1960, calculando éste en 100 dólares, el PNB de Uruguay en 1964 había bajado a 93, lo que quiere decir que fue de menos 7; Honduras no aumentó ni un centavo entre 1960 y 1964; Ecuador aumentó en ese tiempo sólo 2 dólares; Argentina, que había subido de 100 en 1960 a 107 en 1961, bajó 6 en 1963, de manera que en 1964 sólo había aumentado 3 sobre 1960; así, al invertir en 1966 el 21 por ciento de su PNB de 1965, la Argentina estaba en realidad invirtiendo menos de lo que necesitaba para equilibrar el déficit que tenía.

De acuerdo con el criterio del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial para la Reconstrucción y el Desarrollo, los países de la América Latina necesitan crecer año por año a razón de un (5) por ciento; es decir, deben producir cada año 105 dólares por cada 100

producidos el año anterior; pero de esos 105 tienen que invertir de 15 a 20, lo que significa que hay que producir 105 y consumir sólo de 85 a 90. Pues bien, si suponemos que en 1960 se produjeron 100, en 1961 se produjeron 105, pero el aumento en 1962 fue sólo de 3.6, en 1963 de 1.9, y aunque en 1964 se llegó a 6.4 ya estábamos en déficit, y para cubrir ese déficit debió haber en ese año de 1964 un aumento no de 6.4 sino de 9.5; en 1965 sólo llegamos a 4.8, en 1966 a 4.6 y en 1967 a 4.3. (Naciones Unidas, "Estudio Económico de América Latina 1967", página 5, cuadro No. 3). Como puede verse, a lo largo de siete años sólo se alcanzó el aumento de 5 por ciento o más en dos años, en uno no se llegó a 4 y en otro no se llegó ni a 2 por ciento.

Son varios los países de la América Latina que no pueden ahorrar del 15 al 20 por ciento de su producción anual; algunos como Guatemala, Barbados y la República Dominicana ahorran sólo del 5 al 10 por ciento, lo que está muy lejos de lo que se requiere para mantener un ritmo de desarrollo; otros, como Bolivia, Costa Rica, El Salvador, Ecuador, Honduras, México, Paraguay y Uruguay van del 10 al 15 por ciento (ver André Lewin, en publicaciones del Instituto de Administración Pública, París: Chapitre VIII à XII, Fasc. III, Année 1967-1968, páginas 25-26). En años de buenas cosechas que sean también por coincidencia de buenos precios para algunos de sus productos, unos cuantos países latinoamericanos llegan a ahorrar del 15 al 20 por ciento de su producción. Pero lo cierto es que las inversiones no aumentan. El coeficiente global de inversión interna bruta que fue de 18.1 en 1960 bajó al 17.2 en 1967 y sólo en 1961 subió a 18.6; a partir de ese año, en ningún otro llegó a 18, y en 1963, 1965 y 1966 no alcanzó a 17 ("Estudio Económico de AL 1967", página 5, cuadro 4). Si se saca de ahí un país como Venezuela, el coeficiente bajaría a menos del 15, y si se saca México, bajaría mucho más, lo que quiere decir que la mayor parte de los países tienen un coeficiente de inversión interna bruta totalmente inadecuada.

LA PRODUCCION POR PERSONA

Esos datos que se han dado se refieren a los países; al trasladarse a cada una de las personas que viven en la América Latina nos hallamos, como es claro, con la misma situación. Los organismos internacionales que dirigen los planes para lograr el desarrollo de la América Latina — Comisión Internacional de la Alianza para el Progreso (CIAP), Comisión Económica para la América Latina de la Naciones Unidas (CEPAL)— habían calculado que nuestros países necesitan aumentar su producción año tras año a no menos de 2.5 por ciento per cápita, lo que quiere decir por habitante, y que si no se alcanza ese nivel será muy difícil que

nuestros pueblos progresen La producción per cápita de un país se sabe dividiendo el PNB de ese país por el número de sus habitantes, y como esa operación se hace cada año, cada año puede sacarse en claro cuál es el producto por persona, y de acuerdo con lo que establecieron los organismos internacionales, por cada 100 dólares de producción per cápita o por persona debe haber cada año un crecimiento de 2 dólares 50 centavos en relación al año anterior.

En los años de 1950 a 1955 se había alcanzado un crecimiento de 2.2 por ciento del producto bruto por persona, pero de 1955 a 1960 se bajó a 1.8 y de 1960 a 1965 se bajó a 1.7. Los especialistas partidarios de la Alianza para el Progreso, y especialmente los norteamericanos, se alborozaron mucho en 1962 porque en 1961 se había subido a 2.4, pero sucedió que en 1962 hubo un descenso violento, que llevó el crecimiento a menos de 1 por ciento —a 80 centavos de dólar por cada 100 dólares de la producción por persona de 1961—, y la situación se agravó en 1963, cuando se bajó a menos de 0.5, es decir, a 99 dólares con 50 centavos por cada 100 dólares de la producción por persona en 1962. Otra vez volvieron a saltar de alegría los especialistas en 1965 porque en 1964 se había subido a 3.3, un nivel que no se había alcanzado en quince años, pero en 1965 se volvió a descender a 2.4 y en 1966 a 1.1; en 1967 se llegó a 1.50 ("Estudio Económico de AL 1967" página 1, cuadro 1), y los datos preliminares de la OEA para 1968 indican que en 1968 hubo 13 países que no llegaron al 2.5, entre ellos Venezuela, que sólo llegó al 1.9; Uruguay, que aumentó 1.8; Chile, 1.3. y Perú que apenas alcanzó el 0.1, esto es, 10 centavos de dólar por cada 100 dólares de la producción por persona de 1967. ("Comercio Exterior", ya citado).

Todos esos números quieren decir que en los siete años que habían corrido de 1961 a 1967, en vez de alcanzar el 2.5 por ciento anual de aumento en el producto bruto por persona que se considera indispensable para el progreso de la América Latina se había logrado nada más un promedio de 1.6, y con ese promedio no puede asegurarse el avance, pero tampoco puede asegurarse ni siquiera la estabilidad de la situación actual.

Los mismos centros internacionales que dirigen la política del desarrollo de nuestros países esperaban que la producción per cápita sería de 410 dólares al terminar el año de 1967, y según una información fechada en Washington en abril de 1969, en 1968 se llegó nada más a 385 dólares ("El Caribe", Santo Domingo, 22 de abril de 1969, página 1). En un folleto mimeografiado ("América Latina. Indicadores Socio-Económicos Seleccionados", abril de 1968), el Banco Interamericano de Desarrollo, que es una de las instituciones que tienen más responsabilidades

en la tarea de dirigir y acelerar el desarrollo de los países latinoamericanos, estimaba que la población de la América Latina sería de 242 millones 941 mil al final de 1967, sin incluir a Cuba, Barbados, Jamaica y Guayana; que en esa población había sólo 6 médicos y 31 camas de hospitales por cada 10 mil personas; que sólo es económicamente activa la tercera parte de la población, sin incluir ni a Haití ni a Paraguay; que por cada 100 dólares que producía en 1966 cada persona económicamente activa en los Estados Unidos, el latinoamericano también económicamente activo producía sólo 14.5; que en la mayoría de nuestros países —en 170 millones de personas— no se alcanza a ingerir el mínimo de 2.550 calorías que se consideran indispensables para mantener funcionando el organismo humano; que nuestro consumo de energía eléctrica era sólo de 409 kilowatios hora por habitante en 1965. En Notas sobre la Economía y el Desarrollo de América Latina, publicación preparada por los Servicios Informativos de la CEPAL, No. 7, de noviembre 30, 1968, se afirma que alrededor del 40 por ciento de la mano de obra latinoamericana se encuentra actualmente —es decir, en 1968— en condiciones de subempleo, y que esas condiciones —que van desde una desocupación parcial hasta el desempleo total— afectan a cerca de 100 millones de latinoamericanos.

Ahora bien, de pronto todas esas proporciones aparecieron incorrectas, pues un cable de la Associated Press (Ver "Población Latinoamericana se eleva a 276 Millones", diario "Listín Diario", Santo Domingo, 23 de abril de 1969, página 11), sin dar con claridad la fuente, informaba que "América Latina Latina, acelerando su explosión demográfica, ha elevado a 276 millones el número de sus habitantes". Y eso, que de acuerdo con el Director General de la Oficina Sanitaria Panamericana, otro organismo oficial, "de cada 100 personas que fallecen en América Latina 45 son niños menores, de cinco años", (Ver "Informan Promedio Muerte Infantil", diario "El Nacional", Santo Domingo, 22 de abril de 1969, cable de la AP). Según León Rozitchner ("Moral Burguesa y Revolución", Ediciones Poroyón, Argentina, 1963, página 109, nota), en 1963 "En América Latina mueren 4 niños por minuto debido a enfermedades provocadas por la desnutrición. Al cabo de 10 años hay 20 millones de niños muertos... que es el mismo número de muertos que produjo la segunda guerra mundial".

En los datos que se han dado se encuentran juntos los que se refieren a los países ricos y los que se refieren a los países pobre, y también los que se refieren a las gentes ricas y los que se refieren a las gentes pobres. Hay cinco países latinoamericanos que tienen una producción anual superior a los 500 dólares por persona, y éstos pueden ser con-

siderados entre nosotros como ricos; son Argentina, con 24 millones de habitantes; Chile, con 9 millones 600 mil; Panamá, con algo más de 1 millón 300 mil; Uruguay, con algo más de 2 millones 800 mil, y Venezuela, que a fines de 1967 llegó a 10 millones 400 mil. Esos países suman un poco más de 47 millones de personas. Tenemos dos países que producen más de 400 y menos de 500 dólares anuales por persona; son México, que alcanzó a fines de 1967 los 49 millones, y Costa Rica, que llegó a 1 millón 700 mil. Quedan entonces unos 178 millones cuya producción por persona no llega a 1 dólar por día. La República Dominicana, Honduras, El Salvador, Ecuador, Paraguay, por ejemplo, no alcanzan a producir 300 dólares anuales por persona, Bolivia no alcanza a 200 y Haití ni siquiera a 100.

Ahora bien, ¿Cómo se distribuye esa producción? ¿Qué proporción le toca a cada latinoamericano?

Según Raúl Presbich, una verdadera autoridad en la materia, se distribuye así: de cada 100 dólares que producimos, 5 personas de cada 100 se quedan con 6 dólares cada una y a las 95 restantes les corresponden sólo 73 centavos por cabeza.

¿Cuál es el resultado de esa situación en la vida de la gran mayoría de los latinoamericanos?

Podemos verlo en el aspecto de la vivienda. Gato Plaza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), dijo en un discurso pronunciado en New Orleans a fines de 1968 las siguientes palabras: "En la actualidad, las ciudades latinoamericanas deberían estar construyendo un millón de nuevas viviendas al año, y para 1975 el ritmo de construcciones de viviendas debería ser de 1 millón 800 mil... al año. Sin embargo se está iniciando la construcción de sólo 400 mil viviendas al año". Y agregó: "Aparte de las deficiencias del programa de viviendas, están surgiendo otras mayores todos los años en materia de abastecimientos de agua, servicios comerciales de gas, electricidad, alcantarillado, transportes, escuelas y hospitales". Al reproducir esas palabras, la Carta Semanal que edita el Equipo de Información de la Alianza para el Progreso, Unión Panamericana, semana del 9 de diciembre de 1968, decía que "Entre 1968 y 1980 será necesario destinar 80 mil millones de dólares para dar albergue y ofrecer los servicios necesarios a la creciente población de la América Latina".

¿De dónde van a salir esos 80 mil millones de dólares, sólo para viviendas urbanas y servicios, es decir agua, electricidad, gas, alcantarillado, calles, transportes, escuelas y hospitales? Eso significa más de 6 mil millones de dólares al año, o lo que es lo mismo, más de 500

millones de dólares mensuales durante trece años. Seis mil millones de dólares por año equivalen a la tercera parte de las inversiones brutas de toda la América Latina en 1967, que alcanzó a 18 mil 68 millones. ¿Van a salir tantos dólares de la Alianza para el Progreso, que en siete años proporcionó sólo 5 mil 800 millones, y aun de esa suma cobró 4 mil 543 millones en capital e intereses en esos mismos siete años?

EL FRACASO DEL SISTEMA

No nos hagamos ilusiones. No es con ayuda norteamericana como nosotros podemos solucionar nuestros problemas. Nuestros pueblos han llegado a la situación que dicen los números copiosos en este trabajo en los años en que más grande ha sido la expansión del bienestar en otros países del mundo, especialmente en los Estados Unidos. Lo que tenemos que prever es lo que sucederá cuando en esos países se presente una crisis económica. No hay soluciones extranjeras. Esas soluciones han fracasado completamente. Este fracaso fue reconocido por el presidente Nixon cuando al hablar en la sede de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Washington, el 15 de abril con ocasión de la celebración del Día de las Américas, dijo que el crecimiento de la economía latinoamericana no era más grande que cuando se inició ocho años atrás el programa de la Alianza para el Progreso "La proporción de crecimiento (económico de la América Latina) es menor que la de los países no comunistas del Asia", declaró Nixon en esa oportunidad (Ver "Nixon Cast Doubt on Future of the Alliance for Progress", en "International Herald-Tribune", París, April 16, 1969, 1ra. página).

Pero antes de que el presidente de los Estados Unidos admitiera el fracaso de la Alianza para el Progreso había sido admitido en los centros directores de aquel país el fracaso total de toda la política elaborada para el desarrollo de la América Latina. Durante años y años los expertos en el asunto estuvieron hablando de que había que cambiar las estructuras, pero de pronto comenzaron a hablar de otra cosa; empezaron a decir que la causa del atraso latinoamericano era el aumento de la población, y luego empezó a decirse que si no se contenía ese aumento no podría haber desarrollo. En 1968 se había generalizado en los Estados Unidos y en los círculos sociales y económicos más altos de nuestros países la idea de que para que la América Latina progresara era necesario evitar que siguieran naciendo tantos latinoamericanos. Esa era la manera más falsa de decir que los planes habían fracasado, que las perspectivas hacia el porvenir indican que éste será peor que el pasado.

Nada es más absurdo que la idea de confiar la solución de los problemas latinoamericanos al control de la natalidad, pues si es verdad que el ser humano que va a nacer consumirá más comida, más ropa, más electricidad, más vehículos, más medicinas y más libros. también es verdad que sólo el ser humano produce esas cosas, y en consecuencia lo que hay que hacer no es evitar que el ser humano se multiplique; lo que debe hacerse es poner al ser humano en condiciones de que multiplique los bienes que necesita para producir los artículos que él consume.

Ahora bien, ¿por qué se cree que debe suprimirse el nacimiento de más latinoamericanos?

Porque se cree que el latinoamericano es un hombre que no tiene condiciones para enfrentar las tareas del desarrollo, y ésa es una idea racista y discriminatoria, que los latinoamericanos tenemos que rechazar con energía.

No somos nosotros los que hemos fracasado; ha sido el sistema social, económico y político en que hemos vivido. En vez de suprimir la vida de los latinoamericanos que van a nacer debemos dedicarnos a crear para nosotros y para ellos una sociedad más libre, más rica y más justa, en la que con el esfuerzo de todos aseguremos la libertad, la riqueza y la justicia para todos, no para una minoría. Pues el sistema ha fracasado para los pueblos, no para las minorías privilegiadas, y mientras ese sistema no sea destruido y pongamos otro en su lugar, las minorías seguirán gozando de privilegios y las mayorías seguirán siendo esclavas. seguirán padeciendo miseria y seguirán sufriendo injusticias.

El sistema en que hemos vivido hasta ahora ha sido el mismo que establecieron en nuestras tierras los españoles, los portugueses, los ingleses, los franceses, los holandeses; ese sistema evolucionó en otras partes del mundo y de América; pero no en nuestros países, y dados los cambios que se han hecho en la Humanidad, ya no podrá evolucionar en la América Latina tal como evolucionó en otras partes. Nuestra organización social se quedó en una etapa atrasada debió precisamente a que el progreso en otras regiones de América produjo fuerzas que ahogaron en la América Latina el desarrollo capitalista e impidieron que nuestras estructuras sociales se formaran según el modelo de la sociedad capitalista.

Las estructuras sociales dependen de la forma en que se relacionan los hombres y los medios de producción. En los países donde toda la sociedad, a través de sus organismos superiores —gobiernos y otras instituciones—, es la dueña de todos los medios de producción, el sistema económico y social se llama socialista; aquellas donde la dueña de los medios de producción es una clase llamada burguesía, el sistema económico se

llama capitalista y el sistema político es la democracia representativa, organizada generalmente en república, federales o unitarias, y algunas veces monarquías de las llamadas constitucionales, en las que los reyes representan al país, pero no lo gobiernan. En el caso de la América Latina hay repúblicas que se llaman a sí mismas democracias representativas, pero no lo son, pues aunque vivimos dentro del sistema capitalista los medios de producción no pertenecen en su totalidad a las burguesías nacionales.

¿Quiénes, pues, dominan los medios de producción en la América Latina?

Los dominan las oligarquías, y éstas son frentes formados por clases y sectores de clases, que resultan económica, social y políticamente más fuertes que los grupos burgueses debido a que en esos frentes oligárquicos figuran los intereses norteamericanos, cuyo poder es más grande que el de todos los demás componentes de las oligarquías juntas. Los grupos burgueses latinoamericanos son arrastrados por esos frentes oligárquicos y conviven con ellos, especialmente con el componente norteamericano de esos frentes, situación a que los obliga su debilidad; pero no forman parte de ellos, y desde luego no los dirigen. Las oligarquías latinoamericanas están dirigidas por el antiguo imperialismo, que ha sido sustituido ahora por el pentagonismo. Es éste el que en todos los casos de crisis decide en última instancia qué debe hacerse en cada uno de nuestros países.

Cuando no ha llegado la hora de la crisis, la vida de los pueblos latinoamericanos es dirigida por los sectores nacionales de las oligarquías, y dado que éstos tienen métodos e ideas precapitalistas, aunque viven en países capitalistas, no están capacitados para llevar a cabo el desarrollo latinoamericano.

Hemos oído durante años y años decir que la burguesía de la América Latina es una aliada del imperialismo norteamericano, y que ésa es la causa de nuestro atraso. Eso puede ser verdad en aquellos países donde la oligarquía fue destruida y su lugar en la composición social pasó a ser ocupado por una burguesía nacional, como ocurrió en México; en los que disponen de dinero suficiente para impulsar la formación de una burguesía con fondos del Estado, como Venezuela. Pero en la mayoría de nuestros países la situación es otra; los grupos burgueses no se hallan aliados al imperio-pentagonismo; son arrastrados por los frentes oligárquicos, y éstos a su vez son dirigidos por el imperio-pentagonismo.

ANÁLISIS DE LAS SOCIEDADES DE LA AMÉRICA LATINA

Lo primero que nota cualquier observador de los fenómenos sociales es que la América Latina se halla organizada según las leyes del sistema capitalista y sin embargo no ha podido desarrollarse ni siquiera la indispensable para mantener el grado de estabilidad política que ese sistema necesita.

¿Cómo se explica eso? ¿Dónde están las causas del atraso y de la consecuente inestabilidad política de la América Latina?

En el sistema capitalista el desarrollo es dirigido y realizado por la burguesía, y en países donde la burguesía no tiene el mando político, social y económico total no puede haber desarrollo capitalista. El espectáculo de la falta de desarrollo en la América Latina debió llevar a los entendidos en la materia a la conclusión de que faltaba la clase que dirige el desarrollo capitalista o si esa clase existía no se hallaba al frente de la sociedad; y esa conclusión debió haber conducido también a los expertos a preguntarse tres cosas; primera, por qué esa clase faltaba o por qué no se hallaba al frente de la sociedad; segunda, quién ocupaba su lugar; y tercera, cómo estaban organizadas nuestras sociedades, en vista de que siendo capitalistas no lo estaban según el modelo europeo o norteamericano.

Responder a esas preguntas requiere hacer un poco de historia, aunque sea de manera rápida.

En la mayoría de los países de la América Latina las fuerzas sociales determinantes a principios de este siglo eran las oligarquías terratenientes, comerciales y bancarias; en los más retrasados eran el comercio exportador e importador, que se hallaba en muchos casos en manos extranjeras, y a él se aliaban la alta y la mediana pequeña burguesía y los grupos latifundistas. Desde las guerras de la Independencia, iniciadas hacia el 1810, las luchas de los sectores oligárquicos entre sí, o las de las pequeñas burguesías en los países más retrasados, mantuvieron a América Latina en constante desorden; fue la época de las llamadas "revoluciones" y de los generales-presidentes y dictadores, y sólo había paz cuando un sector oligárquico se le imponía a otro mediante una dictadura —por ejemplo el sector comercial al latifundista, o viceversa— o cuando de la baja o la mediana pequeña burguesía surgía un hombre fuerte que se proponía establecer en su país las reglas de las sociedades burguesas. En el último caso, la dictadura se veía obligada a asociarse a un sector oligárquico, o bien al comercial o bien al latifundista, y acababa siempre destruida para dar paso a un gobierno de la oligarquía o a situaciones de luchas armadas

que hacían retroceder al país a sus niveles anteriores. Ejemplo de este caso fueron las dictaduras de Ulises Heureaux en la República Dominicana y la de Santos Zelaya en Nicaragua.

A principios de este siglo la burguesía no había podido desarrollarse más allá de la etapa del comercio exportador e importador, y éste no tenía capacidad para salirse del frente oligárquico porque se hallaba estrechamente unido por un lado a los grandes propietarios, pues vendía en el extranjero lo que ellos producían —café, cacao, algodón—, y por el otro lado al capital industrial extranjero, puesto que también vivía de importar los artículos industriales extranjeros. Esa doble alianza convertía a la llamada burguesía comercial en un dependiente de latifundistas y productores extranjeros, y un dependiente no dirige nunca; a él lo dirigen.

Cuando comenzó la penetración de los capitales imperialistas norteamericanos en la América Latina —movimiento que en algunas partes del Caribe y de México se inició antes de 1890—, el imperialismo halló que no tenía en nuestros países burguesías competidores y que le era fácil y beneficioso aliarse a los frentes oligárquicos, puesto que éstos dominaban generalmente los gobiernos, de manera que a través de ellos el imperialismo podía obtener las concesiones gubernamentales que necesitaba. Esa alianza resultaba lógica porque al penetrar en la América Latina el imperialismo lo hizo también como latifundista, en el sentido de que necesitaba grandes extensiones de tierra para producir bananos en América Central, azúcar en Cuba y Santo Domingo, o para explotar minas en México. Los grandes propietarios de nuestros países tenían necesariamente que entenderse con los grandes propietarios norteamericanos, y como éstos llegaban a establecer explotaciones capitalistas en sus latifundios, mientras nuestros latifundistas seguían explotando sus tierras con mentalidad pre-capitalista, los últimos caerían rápidamente, como cayeron, al nivel de servidores políticos, sociales y económicos de los primeros, y tras ellos cayeron también sus aliados, los comerciantes exportadores-importadores. Desde el primer momento, pues, se inició un proceso casi natural de colonización, mediante el cual los sectores dominantes de las sociedades latinoamericanas reconocieron como su jefe al imperialismo norteamericano. Esto llegó a tales extremos que en algunos países —Cuba en 1908, Nicaragua en 1909— los componentes nacionales de las oligarquías llamaron a los norteamericanos a intervenir militarmente en sus países.

El proceso no se desarrolló al mismo tiempo en toda la América Latina. En algunos lugares se dieron condiciones especiales que permitieron cierto grado de capitalización y con él la ampliación comercial y la aparición de algunos débiles grupos burgueses, e incluso hasta la formación de bancos. Por ejemplo, Chile fue en el siglo pasado un fuerte exportador de

nitratos para Europa; Argentina, y Uruguay vendían también desde el siglo pasado carnes y lanas a Europa. En otros países, la capitalización que más influyó en la composición social fue la que produjo la primera guerra mundial.

La acumulación de capitales provocada por la primera guerra mundial dio lugar a la formación de grupos burgueses pero casi siempre asociados al sector comercial exportador-importador, y como éste se encontraba ya dentro del frente oligárquico y el imperialismo era quien tenía el mando de ese frente, esos grupos burgueses nacieron sometidos al imperialismo. En ciertas regiones de América Latina los capitales imperialistas eran europeos, y especialmente ingleses; en otras eran norteamericanos, pero en líneas generales actuaban en forma igual o parecida. En algunos países, sin embargo, se había formado burguesía en el siglo XIX, y ésta se alió a las oligarquías antes de la penetración imperialista, y así se vio el caso de Chile, por ejemplo, donde esa alianza produjo un régimen de democracia formal, con gobiernos estables, o el de Uruguay, con una democracia urbana bastante avanzada. En otros la lucha entre la burguesía y la oligarquía se planteó en forma sangrienta, como sucedió en México en 1910. En otros los débiles sectores burgueses fueron representados en el terreno político por partidos cuyos líderes procedían de la pequeña burguesía.

La época de los golpes de estado militares, que vino a sustituir la de las revoluciones, fue una etapa de luchas entre las oligarquías, que no aceptaban su derrota política, y los débiles grupos burgueses, que pretendían conquistar el poder político. Esa etapa de luchas se inició hacia el 1930 y no habían terminado todavía en 1968, año en que se dieron golpes de estado en el Perú, Panamá y Brasil; en este último país, el golpe de 1968 fue dado dentro de las fuerzas que habían dado el de 1964, de manera que fue un golpe militar dentro de otro golpe militar. En lo que podríamos llamar su forma más clara, el mecanismo de los golpes ha sido el siguiente: La burguesía ha conquistado el poder mediante elecciones a través de un partido dirigido por pequeños burgueses y la oligarquía la ha derrocado mediante un golpe de estado militar. A partir de la segunda guerra mundial, cuando ya el imperialismo se había convertido en el integrante más poderoso de las oligarquías latinoamericanas, o por lo menos de la mayoría de ellas, los golpes de estado militares contra los regímenes que pretendían desarrollar burguesías fueron decididos por los agentes imperialistas en favor de las oligarquías.

¿Qué llevaba al imperialismo a actuar así?

Su decisión de impedir que en la América Latina se formaran grupos, sectores o clases que pudieran competir con él; que pudieran arrebatárselo

un territorio donde las empresas imperialistas ganan dinero con más seguridad más facilidad, más rapidez y menos limitaciones que en su propio país. Para impedir la formación de esos grupos, sectores o clases, el imperialismo necesitaba aliados en la América Latina, gente que actuara bajo sus órdenes, y esos aliados eran los frentes oligárquicos. Un estudio de las gentes que han organizado los golpes de estado en la América Latina arrojaría mucha luz en el terreno social y económico. Los golpes de estado han sido organizados por las oligarquías, con muy pocas excepciones; en cambio las revoluciones fueron organizadas o por burgueses —Francisco Madero, en México; José Figueres, en Costa Rica— o por pequeños burgueses —Acción Democrática de Venezuela en 1945, Fidel-Castro de Cuba— y el proceso electoral era encabezado en todos los casos por partidos pequeño burgueses de ideología democrática.

Los bancos centrales, instituciones típicamente burguesas, comenzaron a organizarse después que empezaron a formarse burguesías. Por eso no había ninguno antes de 1923. Ese año él fundó el de Colombia; los de Chile y México se fundaron en 1925; el de Ecuador en 1927, el de Bolivia en 1929, el de Perú en 1931 el de El Salvador, en 1934, el de Argentina en 1935, el de Venezuela en 1939. En la mayoría de esos bancos centrales tenían representantes los bancos privados de las oligarquías, que se habían desarrollado financiando el comercio exportador-importador. Los restantes bancos centrales se fundaron a partir de 1945, cuando terminaba la segunda guerra mundial, y ese sólo hecho da idea de que nuestros países no eran sociedades en cuya cúspide estaban las burguesías nacionales, como se ha venido asegurando durante años. El banco Central de Guatemala se fundó en 1945, el de la República Dominicana en 1947, el de Cuba en 1949, el de Costa Rica en 1950, el de Honduras en 1951, el de Paraguay en 1952, el de Nicaragua en 1960, el de Brasil en 1965, el de Uruguay en 1967. Costa Rica había nacionalizado la banca que era todo costarricense, a raíz de la revolución de 1948.

Un análisis de las sociedades latinoamericanas demuestra que nuestros países han estado dominados por frentes oligárquicos, no por burguesías, y que en esos frentes oligárquicos figura el imperialismo, ahora sustituido por el gran capital pentagonista, y por tanto las luchas de los pueblos debieron ser llevadas a cabo contra los frentes oligárquicos, no contra burguesías que por su estado de debilidad frente a las oligarquías no eran fuerzas enemigas determinantes.

LOS ERRORES ESTRATEGICOS Y TACTICOS

El no haber hecho a tiempo análisis correctos de las sociedades latino-americanas ha conducido a marxistas y a demócratas a errores graves. Podemos enumerar algunos de ellos y también, por lo menos, un acierto.

Aferrados a la idea de que en la América Latina hay una burguesía aliada del imperialismo, los marxistas han creído que puede hacerse una revolución democrático-burguesa antiimperialista bajo el liderazgo de la burguesía, y por esa razón se han colocado en algunos casos al lado de las oligarquías creyendo que eran burguesías y se han enfrentado a partidos de la pequeña burguesía que pretendían hacer la revolución burguesa, y a la revolución burguesa encabezada por la burguesía. Lo primero, por ejemplo, sucedió en Venezuela en 1945; lo segundo en Costa Rica en 1948. En el caso de Venezuela los comunistas creyeron que el presidente Medina Angarita representaba a la burguesía porque había mantenido en su gobierno libertades democráticas, y lo cierto es que quien la representaba era el pequeño burgués Rómulo Betancourt, y con él su partido Acción Democrática. En el caso de Costa Rica los comunistas del país, organizados en el Partido Vanguardia Popular, participaron en la revolución del lado de la oligarquía costarricense porque sus líderes creyeron que el presidente Calderón Guardia representaba a la burguesía del país y que José Figueres, líder de la revolución, representaba a la oligarquía. La oligarquía de Costa Rica era fundamentalmente terrateniente, bancaria y comercial, y Figueres era al mismo tiempo dueño de plantaciones de sisal y café y comerciante, pero sucedía que el sisal era una materia prima para una industria de sogas y sacos, y era este aspecto de su actividad lo que determinaba la posición de Figueres en el contexto social; él era el burgués, no el Dr. Calderón Guardia. La alineación de los comunistas venezolanos frente a Acción Democrática no les costó la vida en el orden político porque en 1948 el gobierno de Acción Democrática fue derrocado y Venezuela cayó bajo la dictadura militar que a partir de 1950 encabezó Pérez Jiménez, y la larga lucha contra Pérez Jiménez, en la cual los comunistas tomaron parte importante, rehizo su prestigio ante las juventudes del país. Pero en el caso de Vanguardia Popular el error le costó caro; el partido quedó aniquilado, no por las persecuciones, sino por la pérdida de autoridad moral.

El movimiento peronista fue antioligárquico, y tuvo el apoyo de las masas argentinas, pero no se determinó con claridad cuál era la oligarquía y ésta no fue destruida, de manera que pudo rehacerse y echar del poder a Perón en 1956. Mientras tanto, demócratas y marxistas en Argentina y en toda la América Latina cayeron en el error de creer que el régimen peronista era una típica dictadura oligárquica y personalista.

Así como señalamos esos errores, que son sólo una parte de los muchos que se han cometido en nuestros países, debemos señalar un acierto, el de Fidel Castro en Cuba. La revolución cubana no se hizo contra la burguesía de la isla. Importantes sectores burgueses de Cuba apoyaron a Fidel Castro contra Batista a tal punto que José Bosch (Pepín), presidente de la Compañía Bacardí —una empresa verdaderamente burguesa, que tenía casi cien años de vida y fábricas de ron y de cerveza en Cuba, Brasil, México y Puerto Rico; la de Cuba de capital cubano y las otras de capital cubano asociado a capitales de los países donde se hallaban, —fue personalmente a la Sierra Maestra a llevarle a Fidel Castro un millón de pesos, que equivalían a un millón de dólares. Los sectores más avanzados de la pequeña burguesía de Cuba, en sus niveles bajo, mediano y alto, colaboraron desde las ciudades con Fidel Castro, y sin esa colaboración la revolución castrista no hubiera podido tener éxito, pues lo cierto es que no contó con el apoyo del proletariado ni urbano ni campesino; y esa pequeña burguesía, cuya aspiración era que Cuba fuera una sociedad burguesa, no habría ayudado a Fidel Castro si éste hubiera encabezado una revolución antiburguesa.

Lo-cierto es que si la burguesía cubana no se hubiera dejado arrastrar por la oligarquía, y especialmente por la fuerza más poderosa del frente oligárquico cubano, que era el imperialismo norteamericano, los burgueses habrían podido convivir con la revolución cubana muchos años sólo a cambio de hacer las concesiones realistas que iba a exigirles el proceso revolucionario. Pero los burgueses cubanos se dejaron arrastrar por el frente oligárquico precisamente a causa de su debilidad, y eso les costó sus bienes y aun su derecho a vivir en Cuba. En realidad, fue la oligarquía, que los llevó al suicidio, y no la revolución fidelista, la que produjo la aniquilación de los sectores burgueses de la sociedad cubana, de manera que la dirección de Fidel Castro fue políticamente acertada, y en cambio la de la oligarquía no pudo ser más desastrosa.

La oligarquía costarricense fue destruida a partir del triunfo de la revolución de 1948 en dos de sus sectores, el bancario y el comercial, pues al quedar nacionalizada la banca del país, los créditos, que antes iban a dar casi en su totalidad al comercio exportador-importador, fueron desviados hacia otros sectores de la producción, como el agrícola y el industrial. Pero no se tomó ninguna medida contra el sector latifundista ni contra el sector sacerdotal, y no fue necesario tomarla contra el de las fuerzas armadas porque éstas no existían.

¿Cómo se explica que el imperialismo permitiera el triunfo de la burguesía costarricense? ¿Por qué en ese caso no apoyó el imperialismo a sus aliados de la oligarquía?

El imperialismo no puso su poder del lado de la oligarquía de Costa Rica, como no lo había puesto en 1945 del lado de la oligarquía venezolana, porque tanto en Venezuela como en Costa Rica el comunismo se hallaba políticamente en el frente oligárquico. Esa posición de los partidos comunistas de Venezuela y de Costa Rica determinó la que tomaría el imperialismo. En Venezuela, las empresas petroleras aceptaron pagar impuestos de la mitad de su beneficio al gobierno surgido de la revolución de 1945; en Costa Rica, la United Fruit aceptó una situación parecida en 1948. Los errores de los partidos comunistas de Venezuela y Costa Rica precipitaron, pues, un entendimiento entre imperialismo y burguesía.

Otros errores fueron cometidos por las pequeñas burguesías revolucionarias, y un ejemplo de esto último es la revolución boliviana de 1952. Esa fue una revolución típicamente antioligárquica, que nacionalizó las minas y repartió las tierras, dos fuentes de riqueza que se hallaban en manos de la oligarquía. Pero el gobierno revolucionario boliviano cayó en la debilidad de dejarse penetrar por la fuerza más poderosa de las oligarquías latinoamericanas, que es el imperialismo norteamericano, y éste, operando desde adentro, le arrebató el poder.

En la revolución antioligárquica de la América Latina se han cometido graves errores estratégicos porque no se ha hecho un estudio de la composición social latinoamericana. La falta de ese estudio ha conducido a considerar enemigos a los que no lo eran ni debían serlo. Como es lógico, esos errores estratégicos han producido a su vez errores tácticos.

La responsabilidad de los errores cae por igual en los partidos marxistas y en los democráticos. Arrastrados por la propaganda norteamericana, que es en fin de cuenta la de los frentes oligárquicos, los grupos burgueses han tomado por enemigos a los partidos reformistas democráticos, cuya función era llevar la lucha contra las oligarquías, y por tanto en favor de las burguesías, a niveles de gobierno; los partidos reformistas, democrático burgueses, se han dejado arrastrar también por la propaganda norteamericana y se han dedicado a combatir, y a menudo a perseguir, a los marxistas, que generalmente han sido organizaciones minoritarias; y a su vez los marxistas se han dejado arrastrar por la propaganda oligárquica y se han dedicado a combatir a los partidos pequeño burgueses en vez de dedicarse a organizar la lucha contra las oligarquías. En ese panorama de confusiones ha habido algunas excepciones, pero muy contadas.

Los que no han cometido nunca el error de confundir a sus enemigos han sido los frentes oligárquicos, y por esa razón han atacado a muerte por igual a demócratas reformistas y a comunistas; han maquinado y llevado a cabo golpes de estado, levantamientos militares, expediciones

como las de Guatemala en 1954 y la de Cuba en 1961 o invasiones militares como la de la República Dominicana en 1965.

Para los frentes oligárquicos, y especialmente para su componente más poderoso, el imperialismo norteamericano —hoy sustituido por el pentagonismo—, todo el que intente arrebatárle su posición de dominio en la América Latina es un enemigo al que hay que aniquilar rápidamente y sin contemplaciones.

ANÁLISIS DE UN FRENTE OLIGARQUICO

¿Qué clases y sectores componen un frente oligárquico latinoamericano?

Lo componen

- a) Latifundistas;
- b) Comerciantes exportadores-importadores;
- c) Bancos, especialmente los latinoamericanos;

d) Sectores de la pequeña burguesía en sus tres niveles, el alto, el mediano y bajo, pero sobre todo de los dos primeros. Esos sectores actúan en los frentes oligárquicos a través de las burocracias, grupos intelectuales y fuerzas armadas y policiales. Hasta los años 1966-1967 figuraban también en los frentes oligárquicos los sectores sacerdotales de la Iglesia católica;

- e) El imperialismo, sustituido ahora por el pentagonismo.

Las débiles burguesías de la América Latina no forman parte de los frentes oligárquicos, pero se dejan arrastrar por ellos, conviven con ellos y muchos burqueses actúan con ellos.

¿De dónde surge el poder de cada clase o sector social de los que forman un frente oligárquico, y cómo actúa cada uno de esas clases y sectores?

a) **Latifundistas:** Los latifundistas surgieron como clase al apoderarse de las tierras de cultivo y las de ganado. Generalmente, antes de las guerras de la Independencia esas tierras estaban en manos de la nobleza criolla esclavista, pero cuando los nobles esclavistas quedaron aniquilados por las guerras pasaron a manos de pequeños burgueses que salieron de esas guerras convertidos en generales y hasta en jefes de nuestras repúblicas. Un ejemplo de pequeño burgués campesino que llegó a general,

y presidente y se convirtió en latifundista es José Antonio Páez, pero en cada país latinoamericano hay varios como él.

“La tierra es un medio de producción”, y el que la tiene pasa a ser el propietario de lo que ella produce. Con la tierra en sus manos, un latifundista adquiere automáticamente el poder social necesario para hacer que otros hombres la trabajen a cambio de una cantidad de dinero que él les da o a cambio de que ellos le entreguen parte de sus productos o le paguen determinada cantidad de dinero. El dueño de grandes propiedades pasa a determinar, pues, de acuerdo únicamente con lo que a él le convenga, quiénes pueden ganarse la vida trabajando en sus tierras, bien como peones, bien como capataces, bien como arrendatarios, medianeros o aparceros. En el momento en que al latifundista deja de convenirle que un hombre o muchos hombres trabajen para él, los deja sin trabajo y por tanto sin medios de vida. Es ese poder, esa autoridad para decidir quién puede trabajar en su finca y quién no puede trabajar —lo que equivale a quién puede comer y mantener a sus hijos y quién no puede— lo que les da a los latifundistas tanta autoridad social, y para defender el derecho o usar ese poder, el latifundista se opone y se opondrá siempre a cualquier cambio político, social o económico que se lo disminuya.

Como la burguesía industrial está obligada a pagar a sus trabajadores salarios que le permitan ir a las fábricas alimentados, vestidos y con salud, los latifundistas se oponen a los burgueses industriales porque ellos no pueden ni quieren pagar salarios altos. ¿Por qué entonces se han aliado al imperialismo latifundista, en cuyas grandes empresas agrícolas se pagan mejores salarios que en los latifundios precapitalistas nacionales? Por la simple razón de que el imperialismo les garantiza la perpetua posesión de sus tierras.

La burguesía campesina nacional, que usa medios modernos de producción, como tractores, abonos, insecticidas, y no necesita grandes extensiones de tierra porque su alta técnica le permite producir más en menos, paga también salarios mejores que los latifundistas debido a que los trabajadores que emplea tienen un nivel de capacidad comparable con el de los obreros calificados de las ciudades; así, un tractorista o un mezclador de abonos o de insecticidas no puede ganar lo mismo que un peón. Pero la burguesía campesina, como la de las ciudades, no puede garantizarles a los latifundistas la posesión indefinida de sus tierras, como puede hacerlo el imperialismo, y por esa razón el latifundista se alía al imperialismo y no a la burguesía campesina.

El poder de los latifundistas es proporcional a la cantidad de tierras que poseen. Para darnos cuenta de cuál es esa proporción veamos datos

de sólo dos países de América Latina: En Colombia, según nos dice el padre Guzmán (obra citada, página 47), "el 3.6 por ciento de los propietarios posee el 64.2 por ciento de la superficie agrícola, mientras que el 56 por ciento, es decir, la gran mayoría... (del) campesinado dispone para trabajar del 4.2 por ciento del área cultivable". En la República Dominicana, el 56.6 por ciento de la tierra está en manos del 1 por ciento de los propietarios; es decir, de cada 100 dueños de tierras, uno tiene más de la mitad (Ver "Afirman Crimmins Olvidó Campesinos" en "El Nacional", Santo Domingo, 24 de noviembre de 1968, 1ra. página).

Esa situación de Colombia y de la República Dominicana es general en la América Latina. En el Perú hay familias indígenas que sólo disponen de un surco para sembrar papas o maíz. La proporción de tierras en manos de los latifundistas es mayor en unos países y en otros es menor, pero en todos los casos ellos tienen el dominio de las mejores tierras y reaccionan con violencia ante la idea de quedarse sin ellas a causa de una reforma agraria. Esto se explica porque la partición de los latifundios acabaría con la importancia social, económica y política de los latifundistas. Un ejemplo de la actitud de los dueños de grandes extensiones de tierras frente a los gobiernos que se proponen hacer reformas agrarias es el caso del gobierno de Goulart en el Brasil, que fue derrocado por un golpe de estado militar organizado y realizado por el frente oligárquico —dirigido, desde luego, por su integrante imperialista— cuando el presidente Goulart anunció que pondría en vigor un programa de reforma agraria. La reforma agraria de Venezuela fue aceptada por los latifundistas de ese país porque el gobierno venezolano dispone de grandes fondos y acordó pagar a buenos precios las tierras llamadas a ser distribuidas entre el campesinado.

b) **Comerciantes exportadores-importadores:** la importancia social de los comerciantes exportadores e importadores surge del hecho de que a través de ellos se venden en el extranjero los productos del país y con el dinero de esa venta se adquieren los artículos extranjeros que consume el país. Su papel es, pues, el de intermediarios entre los productores del país y los extranjeros, o para venderles a éstos o para comprarles, y esa función de intermediarios pone en sus manos grandes intereses y a la vez les deja importantes beneficios. Cuando mayores sean esos intereses y esos beneficios, mayor será la importancia de los exportadores-importadores y por lo mismo tendrán más autoridad social y política.

En los países y en las regiones donde el principal producto de exportación se cosechaba en propiedades pequeñas, como ocurre con el tabaco, el comercio exportador-importador pasó a ser el centro de atracción de la pequeña burguesía campesina; en los lugares donde la producción se obte-

nia en grandes fincas —casa del cacao, el algodón, el azúcar— el comercio exportador-importador pasó a formar parte de los frentes oligárquicos al lado de los latifundistas.

El comercio exportador-importador inglés o francés del 1820 ó 1850 era burqués porque exportaba producción burguesa e importaba materia prima para las fábricas burguesas; pero el latinoamericano es pre-burgués, porque es un servidor de la oligarquía; exporta lo que ella produce e importa lo que ella consume.

Todavía a principios de este siglo los compradores de artículos extranjeros en nuestros países eran relativamente pocos, o por lo menos consumían poco, pues la capacidad de compra de las masas era muy limitada. Había algunos casos de excepción, por ejemplo, Chile, Uruguay y la Argentina. Por esa razón la América Latina vendía más de lo que compraba y el comercio importador no sufría por escasez de divisas, además, la competencia de Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos llevaba a los exportadores de esos países a dar a los compradores latinoamericanos créditos largos, que en algunos artículos, como los de hierro, alcanzaban a ser de 180 días —seis meses— tiempo más que suficiente para que el importador vendiera el producto y lo cobrara antes de pagarlos. El dinero de los exportadores extranjeros estaba en sus manos tanto tiempo que los comerciantes podían dedicarlo a financiar cosechas de los agricultores del país en los productos llamados de cosecha corta, como el maíz y el tabaco; así, los comerciantes compraban a la flor, esto es, pagando por adelantado, con grandes rebajas. Aun hoy se compra a la flor en varios lugares de la América Latina.

La acumulación de capitales provocada por los buenos precios de los productos de exportación latinoamericanos que se dieron a causa de la primera guerra mundial (1914-1918) y especialmente de la segunda (1939-1945), dio origen a miles y miles de pequeños negocios y reclamó la formación de miles de profesionales, lo que significó una ampliación de la pequeña burguesía en número y en poder económico, así como el paso de gran número de personas y familias de un sector de la pequeña burguesía a otro más alto; muchos que habían sido miembros de la baja pequeña burguesía pasaron a la mediana y a la alta y con ello se convirtieron en compradores de objetos que antes compraban nada más los miembros de los círculos oligárquicos. Algo parecido, si bien en un nivel adquisitivo más bajo por persona, pero más amplio debido al mayor número, sucedió cuando comenzó a ampliarse el proceso industrial y los obreros pasaron a cobrar mejores salarios. El comercio de importación en América Latina aumentó tanto entre las dos guerras mundiales, que podemos apreciar la proporción de ese aumento viendo las estadísticas de un

solo país. En 1914, año en que comenzó la primera guerra mundial, la República Dominicana importó 6 millones 729 mil pesos (exportó 10 millones 588 mil); en 1919 —la guerra había terminado en noviembre de 1918— importó 22 millones 19 mil (exportó 39 millones 602); en 1947, dos años después de haber terminado la segunda guerra mundial, importó 53 millones 488 mil pesos y exportó 83 millones 206 mil. El proceso de aumento de las importaciones siguió en ascenso, al punto que el mismo país —la República Dominicana— importó en 1959, 129 millones 519 mil pesos y exportó algo menos. 128 millones 251 mil ("Comercio Exterior...", página 1). En toda la América Latina, con la excepción de Cuba, las importaciones pasaron de 6 mil 874 millones de dólares en 1960 a 10 mil 140 millones en 1967; las exportaciones fueron de 7 mil 908 millones 800 mil en 1960 y de 10 mil 665 millones 600 mil en 1967 ("Estudio Económico de AL...", páginas 67-68).

Si calculamos que el beneficio neto del comercio exportador-importador en la América Latina es de 10 por ciento, el año de 1967 ese comercio tuvo beneficios de más de 2 mil millones de dólares, lo que significa que cada latinoamericano, aún los recién nacidos, contribuyó con 8 dólares a aumentar la riqueza de los exportadores-importadores; así, los argentinos contribuyeron con 192 millones de dólares y los mexicanos con 392 millones. Por esas cifras podemos hacernos una idea aproximada de cuál ha sido la contribución al comercio exportador-importador en cinco años, en diez y en veinte.

La enorme expansión de las ventas de artículos manufacturados que se operó a partir de la primera guerra mundial y se amplió después de la segunda exigió cada vez más y más dinero para financiar su producción. Llegó el tiempo en que en un día dado de un mes dado había sobre los mares, navegando hacia los países compradores de artículos manufacturados, miles de millones de dólares; de manera que se hizo imposible seguir dando créditos a largos plazos y los plazos comenzaron a bajar, primero a 90 días, luego a 60, más tarde a 30, y hoy se pagan millones y millones de dólares diarios a la vista y por adelantado, con cartas de crédito abiertas por los compradores en el país vendedor. Este cambio en el sistema de créditos condujo a una más estrecha relación de los comercios importadores con los bancos nacionales y extranjeros establecidos en la América Latina, de manera que entre 1919 y 1939 comerciantes y bancos se hallaban encadenados a través de la financiación de los primeros por parte de los segundos, y ese encadenamiento acabó reflejándose en la composición de los frentes oligárquicos.

El papel del comercio exportador lo obliga a mantenerse unido a los latifundistas y a las grandes empresas norteamericanas que producen

azúcar o materias primas, agrícolas o minerales, para el mercado de exportación. El comercio importador —y casi siempre el que exporta se dedica también a importar— recibe sus beneficios de la venta de artículos manufacturados en el extranjero, razón por la cual no se siente inclinado a vender los que se fabriquen en el país. Su negocio, pues, le impide ser partidario de una burguesía industrial nacional, y esa actitud opuesta a la burguesía industrial se extiende naturalmente a la de cualquiera otra burguesía de su país. El comercio exportador-importador vive del mercado extranjero, para venderle o para adquirir en él lo que le vende a su propio país; está, pues, sometido al interés imperial-pentagonista, y ese hecho lo obliga a mantenerse dentro del frente oligárquico.

c) **La banca.** El poder de la banca —o lo que es lo mismo, de los banqueros— surge del hecho de que en ella se concentra el dinero que se le confía en depósito. Así, comerciantes grandes y pequeños, personas privadas que abren cuentas de ahorro industriales que mueven determinadas sumas —todos los que manejan dinero, en fin— depositan sus fondos en los bancos, porque está más seguro en éstos que en las casas de comercio o en otros lugares. Ese dinero, que no es de los bancos sino de los depositantes, es usado por los banqueros en sus propios negocios.

¿Cómo así?

Pues porque cada vez que presta dinero a alguien, el banco cobra comisión o intereses, y sus beneficios salen de esas comisiones e intereses. En realidad, un banco es como una casa de comercio que sólo compra y vende una mercancía que se llama dinero; pero la verdad es que no la compra, sino que el pueblo se la da en depósito. Los bancos, pues, ganan dinero con dinero ajeno, y sin embargo, debido a que son los banqueros los que determinan a quiénes debe darse en préstamo ese dinero ajeno, ellos tienen el poder enorme que les da el hecho de ser los que proporcionan dinero a las empresas y a las personas que lo necesitan.

Desde el siglo pasado, cuando empezó la formación de bancos en la América Latina, la banca fue un eslabón de la cadena oligárquica que conectaba por un lado con los dueños de los latifundios y por el otro con el comercio exportador-importador. Al empezar a establecerse bancos extranjeros, su función era financiar el comercio de sus países respectivos y prestar dinero a los dueños de tierras que producían para la venta en esos países de los cuales procedían esos bancos; a los dueños de colonias de caña en Cuba o Santo Domingo, a los de ganado de carne y lana en Argentina y Uruguay, a los de plantaciones de café en el Brasil. A menudo la producción latifundista es capitalista, como en el caso del azúcar, y entonces los bancos extranjeros financiaban todo el proceso,

desde el cultivo hasta la fabricación de azúcar; a menudo tiene un aspecto precapitalista —crianza de ganado de carne y lana y recolección de la lana— y otro capitalista —semiindustrialización de la carne y la lana—, y en este caso los bancos extranjeros financiaban la segunda parte cuando los productos estaban destinados a los países de origen de los bancos.

Así, siempre fue muy estrecha la relación de bancos y latifundistas de la América Latina, pero esa relación se hizo más estrecha a través del comercio exportador-importador, pues a través de la exportación se reciben las divisas, con las cuales operan los bancos. Por otra parte éstos no podrían sostenerse sin los depósitos de la cuentas comerciales, y a medida que el comercio de importación fue ampliándose esos depósitos fueron siendo mayores, y por tanto fueron siendo mayores las cantidades de dinero que los bancos usan en financiar la producción latifundista.

La posición de la banca latinoamericana —o la extranjera establecida en la América Latina— fue tradicionalmente la de obstaculizar la formación de burguesías nacionales, especialmente en el sector industrial, lo que se explica porque la aparición de industrias latinoamericanas equivalía al desplazamiento de artículos manufacturados de los países imperialistas. Para poder desarrollar su industria, los países de Latinoamérica que habían hecho revoluciones contra sus frentes oligárquicos tuvieron que crear instituciones de crédito que financiaran la formación de industrias, como lo hizo México al establecer la Financiera Nacional o como lo hizo el gobierno de Venezuela en 1946 al fundar la Corporación Venezolana de Fomento con fondos del Estado. El gobierno de José Figueres de 1948 nacionalizó la banca del país especialmente para desviar hacia la industria y la agricultura la corriente de créditos, que iba dirigida en su totalidad al comercio importador.

Al quedar convertidos los Estados Unidos en la única fuente de capitales privados y oficiales de la América Latina, los bancos norteamericanos ampliaron sus negocios y muchos pasaron a tener sucursales en nuestros países por vez primera, pero los bancos nacionales pasaron a su vez a disputarse el privilegio de tener cuentas norteamericanas.

La banca de nuestros países fue tradicionalmente un eslabón de la cadena oligárquica, pero lo es mucho más desde que se ha convertido en un agente del imperial-pentagonismo. Así, la mal llamada burguesía financiera latinoamericana, que no llegó en ningún momento a ser una burguesía independiente, es hoy más que nunca un integrante de los frentes oligárquicos, y tal vez el más adicto de todos al imperio-pentagonismo a causa de su virtual dependencia de la corriente de capitales que fluye

desde los Estados Unidos hacia la América Latina. A través de ella sólo pueden recibir fondos los sectores burgueses sometidos a la voluntad norteamericana.

d) **Sectores de la pequeña burguesía.** La pequeña burguesía es en conjunto una clase que en el orden económico y social se halla situada entre la burguesía y el proletariado. Según el tipo de desarrollo económico de un país dado, puede llegar a desarrollarse mucho en número, aunque la burguesía sea escasa y débil y es naturalmente una fuente de burgueses debido a que sus miembros tienden a ampliar sus pequeños negocios y a convertirlos en empresas mayores. Si el país donde ellas actúan capitaliza rápidamente y si tienen ciertas facilidades para que una parte de esa capitalización vaya a sus manos, se desarrollan y pasan al nivel de la burguesía. Pero en la América Latina ese proceso se desvía a menudo, como vamos a ver enseguida.

Partiendo desde el proletariado, la pequeña burguesía se descompone en Latinoamérica en tres sectores: la baja, la mediana y la alta. La baja está compuesta por los dueños de los negocios independientes más pobres, como comercios de barrios y de campos con muy poco capital invertido en artículos; talleres donde trabajan el padre y uno o dos hijos, ventas ambulantes, y en los casos de propietarios campesinos, tierras que dan para mantener a la familia y ahorrar una corta cantidad de dinero. En esta baja pequeña burguesía hay siempre un número de miembros a quienes les va mal y viven bajo la amenaza de ser lanzados al nivel del proletariado o incluso al de los desempleados permanentes y subempleados. Una cantidad de bajos pequeños burgueses tienen que hacer trabajos no fijos por los que cobran jornales, y esos son semi-proletarios. Pero en conjunto, la baja pequeña burguesía, como la mediana y la alta, aspiran a ascender económicamente para situarse en el nivel de la burguesía aunque en la mediana y en la alta hay notables desviaciones, como veremos dentro de poco. En su primer estrato —la baja—, la aspiración es pasar al segundo, o sea la mediana.

La mediana pequeña burguesía está compuesta por gentes que tienen, como lo indica su denominación, un mediano pasar; comercios con algo más de capital, pero no importantes, talleres de diversos tipos con algunos obreros y uno o dos aprendices, profesionales medianos, empleados públicos y privados, oficiales de teniente a capitán en los ejércitos y los servicios policiales, campesinos con cierta estabilidad económica, sacerdotes, intelectuales y artistas que trabajan en empresas de radio, televisión, periódicos. La mediana pequeña burguesía es generalmente menos numerosa que la baja, y en ella hay un sector que se acerca mucho a la baja

y otro que se acerca a la alta. Por su posición, tiende a contagiarse con los hábitos de esta última y a considerar al sector de la baja como a gente inferior.

La alta pequeña burguesía está compuesta por funcionarios públicos y militares de categoría, por profesionales que reciben buenos sueldos, por dueños de comercios medianos, de talleres que tienen de cuatro a cinco operarios, por dueños de una, dos o tres casas de alquiler, por campesinos que viven de sus tierras con algún desahogo y usan trabajo asalariado de cuatro o cinco personas y en tiempos de cosecha de algo más; por empleados de firmas comerciales e industriales y bancarias que se acercan al rango de administradores. Un sector importante de esta clase trata de vivir en los círculos burgueses, pero otro aspira a vivir en los círculos oligárquicos y tiene todos los vicios de los oligarcas sin sus medios económicos. Generalmente, la alta pequeña burguesía latinoamericana desdeña a la mediana y desprecia a la baja; se siente dueña de derechos y privilegios especiales; es ostentosa, vive con más lujo del que puede mantener y no somete su conducta a los principios conocidos.

Tanto en la baja como en la mediana como en la alta pequeña burguesía hay sectores revolucionarios, pero son revolucionarios dentro de sus inclinaciones — adquiridas, desde luego — de clase, y aspiran, casi sin darse cuenta, a usar la revolución para ganar prestigio y posiciones de mando, lo que en cierto sentido es un desplazamiento hacia el terreno político de las aspiraciones de ascender en el campo económico y social. Debido a que les es muy difícil cambiar sus hábitos de pensar y actuar, la pequeña burguesía de inclinaciones revolucionarias lleva a la lucha política esos hábitos, su tendencia a competir con los demás por una posición, a usar el chisme y la calumnia para desplazar a sus competidores y a dividir a las organizaciones en grupos para pasar a dirigir esos grupos. Los pequeños burgueses revolucionarios prefieren ser cabezas de ratones o colas de leones o aspiran a ser más radicales que nadie.

Una parte de la pequeña burguesía es revolucionaria, pero dentro del campo capitalista; quiere reformas para que éstas faciliten su paso hacia la sociedad burguesa. Pero otra parte es reaccionaria y maquina, lucha, trabaja y conspira en favor de los frentes oligárquicos, porque los oligarcas son al mismo tiempo el modelo que la atrae y el campo de negocios donde con mayor rapidez y facilidad puede hacerse de poder y de dinero. Esta parte de la pequeña burguesía es la más activa y agresiva en la organización de golpes de estado en favor de los oligarcas, lo que se explica porque procede de los mismos sectores que la oficialidad militar; y como dentro de los frentes oligárquicos su mayor admiración es para el Imperio-pentagonismo, al que considera lo más rico y lo más poderoso

del mundo, a fin de cuentas resulta ser el mejor instrumento que tienen los imperio-pentagonistas para actuar como elementos decisivos en las horas de crisis latinoamericanas.

Ha sido muy raro que de la alta pequeña burguesía de la América Latina hayan salido líderes reformistas o socialistas; con mayor frecuencia esos líderes han surgido de la mediana y la pequeña. La mayoría de los líderes de partidos destinados a hacer la revolución burguesa han procedido de estos dos estratos de la pequeña burguesía. En cuanto a la baja pequeña burguesía, el peligro de descender hacia el nivel del proletariado o aún al de los desocupados —esa enorme muchedumbre de desempleados y subempleados que hay en la América Latina— provoca en una parte de sus miembros la necesidad de impedirlo por cualquier medio, razón por la cual se prestan a toda clase de inmoralidades, a ser espías y asesinos a sueldo; pero provoca a otra parte a tomar posiciones completamente opuestas y a cerrar filas en las organizaciones revolucionarias, que lo mismo pueden ser revolucionarios para hacer la revolución burguesa, que para hacer la revolución socialista. En resumen, la pequeña burguesía latinoamericana es, en sus tres niveles, un semillero de partidarios de la oligarquía, de la burguesía y de la revolución.

¿De dónde procede el poder que tiene la pequeña burguesía partidaria de los frentes oligárquicos?

En el sector burocrático, o sea, de empleados públicos y de empresas privadas, procede de que maneja la administración del Estado y de las empresas, y lo mismo puede dar facilidades que ser un obstáculo para que progrese o se retrase un plan o una solicitud. En la América Latina hay países donde fracasa cualquiera gestión dentro de los canales de gobierno si no se les da dinero a los burócratas, y hay otros donde los jueces, o algunos de ellos, venden las sentencias al litigante que pague más. En cuanto a los intelectuales prooligárquicos de la pequeña burguesía, su poder reside en que escriben en periódicos y revistas, hablan por radio y se presentan en Televisión para reformar la verdad en favor de los frentes oligárquicos. En lo que respecta a la pequeña burguesía militar, a la cual pertenece la mayoría de los oficiales, ésta tiene en sus manos el mayor poder público, que es el de las armas. Con su capacidad para matar, y su inclinación para servir a la oligarquía, ellos son los que ejecutan los órdenes de destruir todo intento de reformas burguesas.

e) El imperio pentagonismo: Desde que empezaron los luchos abiertos de los grupos burgueses contra las oligarquías, el interante más poderoso de estas últimas ha sido el imperialismo, hoy sustituido por el pentagonismo. Es más, los frentes oligárquicos latinoamericanos no

podrían sostenerse en el poder si estuvieran formados solamente por sus componentes nacionales, y hay por lo menos seis pruebas rotundas de esta afirmación:

La revolución mexicana de 1910-1920, que primero derrotó y luego destruyó el frente oligárquico mexicano; la venezolana de 1945, que derrotó fácilmente al frente oligárquico de aquel país y ocupó el poder durante tres años; la costarricense de 1948, que derrotó con las armas al frente oligárquico en dos meses de guerra y ya en el poder lo desarticuló, aunque no lo destruyó, a través de la nacionalización de la banca; la revolución boliviana de 1952, que destruyó en dos o tres días el poder armado de la oligarquía, nacionalizó las minas, distribuyó los latifundios y se mantuvo en el poder doce años; la revolución cubana de 1959, que derrotó a la oligarquía en dos años de lucha y se declaró socialista en 1961, y la revolución dominicana de 1965, que en 48 horas de combates desmanteló las fuerzas militares oligárquicas.

Esas revoluciones triunfaron porque el imperialismo norteamericano no actuó, actuó en forma inadecuada o se abstuvo de actuar por razones políticas; algunas fueron sacadas del poder o aplastadas después de haber triunfado.

El gobierno de Wilson envió a México tropas para aplastar la revolución, y no logró su propósito debido a la resistencia que encontró entre los mexicanos; se conoce, sin embargo, ampliamente, la intervención que tuvo en la muerte del presidente Madero el representante diplomático norteamericano en México. En las revoluciones de Venezuela y Costa Rica el imperialismo resolvió no actuar contra los revolucionarios debido a que los partidos comunistas de Venezuela y Costa Rica se hallaban al lado de los regímenes oligárquicos. En el caso de la revolución boliviana, el frente oligárquico de ese país estaba en 1952 encadenado a intereses europeos más que a intereses norteamericanos, razón por la cual los Estados Unidos no creyeron conveniente intervenir a tiempo para salvar a la oligarquía minera, latifundista, bancaria y comercial de Bolivia. En cuanto a la revolución cubana, ésta fue atacada militarmente, como sabe todo el mundo, en abril de 1961, mediante una expedición de 1.200 hombres organizados, armados y dirigidos por el gobierno de los Estados Unidos. En ese momento el presidente de Norteamérica era John F. Kennedy, partidario declarado de la burguesía latinoamericana y de la aniquilación de las oligarquías, que fue, sin embargo, atraído por los centros de poder de su país a luchar en Cuba a favor de la oligarquía. En la expedición de Bahía de Cochinos o Playa Girón tomaron parte 67 propietarios de casas, 124 latifundistas y 112 comerciantes exportadores-importadores; entre las propiedades que pretendían recuperar los expe-

dicionarios había 371 mil 930 hectáreas, 9 mil 666 casas, 3 bancos, 5 minas y 12 cabarets (Claude Julien, "L'Empire Americain", Editions Bernardrasset, París, 1968, página 364). No puede haber una descripción más elocuente del peso que tenían los miembros de la oligarquía cubana en esa expedición. Por último, como también es generalmente sabido, la revolución dominicana de abril de 1965 fue aplastada por una masiva intervención militar norteamericana cuando los Estados Unidos se hicieron cargo de que el poder militar de la oligarquía de ese país antillano había sido destruido por una alianza de fuerzas revolucionarias populares y militares.

Todas esas revoluciones fueron burguesas, y a excepción de la de Cuba, ninguna tuvo tendencias socialistas. ¿Por qué quiso aplastarlos el imperialismo norteamericano, salvo en el caso de Venezuela y Costa Rica, ya explicado? Porque entre burguesías y frentes oligárquicos de la América Latina, el imperialismo está del lado de los últimos, y dentro de éstos es el integrante con más poder. La propaganda marxista, que durante años y años ha estado asegurando que la burguesía latinoamericana es una aliada del imperialismo, no ha sido, pues, correcta. El imperialismo se opone a las burguesías de la América Latina, excepto cuando ha tomado su lado por miedo al comunismo, como sucedió en Venezuela y en Costa Rica, y ha penetrado y sometido a las burguesías en aquellos países donde ésta había destruido ya a la oligarquía, como en el caso de México. Si el imperialismo hubiera sido un aliado de las burguesías de la América Latina habría colaborado con éstas para ayudarlas a sostener el régimen democrático, que es la expresión política de la burguesía; la habría ayudado a realizar las reformas antoligárquicas y a establecer la estabilidad democrática, y lo que ha hecho es todo lo contrario. Los frentes oligárquicos reciben su poder de los Estados Unidos, quienes lo ponen a la orden de los intereses norteamericanos en la América Latina, y como éstos integran esos frentes oligárquicos, traspasan ese poder a los frentes. Por esa razón en su lucha contra los grupos burgueses, los frentes oligárquicos latinoamericanos pueden sostenerse gracias al apoyo norteamericano. En términos económicos, los intereses imperial-pentagonistas en la América Latina, al terminar el año 1968, los siguientes: Generan una tercera parte de las exportaciones latinoamericanas y una décima parte (8 mil millones de dólares) del producto bruto; pagan una quinta parte de los impuestos y proporcionan 1 millón 500 mil empleos (Ver "Ex-US Delegate to OAS Fears Climate of Revolution", "International Herald Tribune", Tuesday, Abril 21, 1969, París, Página 4, cols. 7-8).

¿Cómo se explica que los Estados Unidos participen en los frentes oligárquicos de la América Latina a vez de colocarse del lado de los grupos burgueses, como pudiera parecer más natural?

Se explica por varias razones. Uno de ellas es histórico, y fue expuesta ya en este trabajo, y de acuerdo con esa exposición, a la hora de iniciarse la penetración norteamericana en la América Latina ya estaban formados los frentes oligárquicos nacionales, de manera que los intereses imperialistas hallaron útil para sus fines asociarse con ello; otra es que el tardío desarrollo de los grupos burgueses latinoamericanos y su debilidad económica y numérica los forzó desde el primer momento a plegarse a las empresas de los Estados Unidos que pasaron a operar en nuestros países; tuvieron que darles participación en sus negocios, de manera que desde sus orígenes los grupos burgueses se convirtieron en tributarios del imperialismo y éste pasó a verlos y a tratarlos desde entonces como sus apéndices, no como sus aliados; en pocas palabras, se habitó a usarlos, no a respetarlos. Otra razón es que el poder político de la América Latina era generalmente oligárquico, no burgués, y el imperialismo necesitaba medidas de gobierno favorables a sus planes, y halló que esos gobiernos oligárquicos eran dóciles, por lo que decidió darles su apoyo. En el caso en que por razones políticas tuvo que apoyar a gobierno antioligárquicos, como en Venezuela (1945) y Costa Rica (1948), las empresas imperialistas tuvieron que aceptar cambios costosos en las cuantías de los impuestos que habían estado pagando, experiencia que no estaban dispuestas a repetir en otros países. En un caso se vieron forzados a aceptar por razones políticas la nacionalización de sus valiosos intereses petroleros, hecho por un gobierno burgués latinoamericano, el de México, bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas. Por otra parte la formación de burguesías latinoamericanas, en cualquiera de sus manifestaciones —industriales, financieras, agrícolas, comerciales— equivaldría a la formación de competidores de las empresas imperialistas, y éstas no están dispuestas a tolerar competencia de ninguna clase. Precisamente, la aguda competencia que hay dentro de los Estados Unidos y la escasa que hallan en la América Latina es una de las causas por las cuales las empresas imperialistas van a establecerse en nuestros países. El poder de una empresa norteamericana en los Estados Unidos está disminuido en la misma proporción en que se encuentran divididos allí los centros de poder; así, para vencer a un competidor en su país, una firma norteamericana necesita la ayuda de congresistas, periódicos, funcionarios públicos y a menudo hasta la del poder ejecutivo, mientras que en la América Latina los embajadores norteamericanos tienen que ponerse a su disposición para reclamar a gobiernos débiles lo que ellos pidan. La existencia de gobiernos burgueses en la América Latina significaría que los poderes de nuestros países estarían al servicio de sus burguesías nacionales, no al de las empresas imperialistas, lo que sería en fin de cuenta una repetición en la América Latina de la situación general de competencia que hallan esas empresas

en los Estados Unidos. En términos psicológicos, los empresarios imperialistas actúan en la América Latina como si ésta fuera su propiedad, donde sólo ellos tienen derechos de explotación, y los nacionales de la burguesía unos intrusos que han llegado a disputarles sus derechos.

Ahora bien, ¿de dónde surge el poder del imperialismo?

Surge del hecho de que tiene detrás de él apoyándolo en todo, al gobierno de los Estados Unidos, que es el más fuerte del mundo en el orden económico y militar; y ese gobierno utiliza su poder para respaldar a los capitalistas norteamericanos donde quiera que estén, pero especialmente en la América Latina. Las embajadas de los Estados Unidos en nuestros países son agencias del gobierno norteamericano para reclamar a los gobiernos de nuestros países facilidades para las empresas norteamericanas, y si un gobierno se niega a dar esas facilidades queda declarado como gobierno no amigo de los Estados Unidos, se le acusa en la prensa norteamericana de comunista o procomunista y se le derroca por medio de un golpe de estado. Esto se logra con facilidad dado que los ejércitos de los países latinoamericanos se hallan bajo el control de las misiones militares norteamericanas y dado que el ambiente público para el derrocamiento se forma a través de los círculos de la pequeña burguesía que son integrantes del frente oligárquico. Casi siempre las débiles burguesías son arrastradas a participar en la formación de ese ambiente público favorable al golpe, o por lo menos a no oponerse a él. Cuando la oligarquía de un país está en peligro de ser destruida, los Estados Unidos llegan al extremo de utilizar su poderío militar para evitarlo; a veces ese poderío se usa ocultamente, o con pretensiones de ocultarlo, como sucedió en Guatemala en 1954 y en Cuba en 1961; a veces se usa abiertamente, como sucedió en México durante la revolución de 1910-1920, y en la República Dominicana en 1965.

El gran poder norteamericano ha quedado aumentado al crearse medios de presión económica como la AID, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, a través de los cuales se asegura la sumisión de los gobiernos latinoamericanos a los frentes oligárquicos. Los cuerpos de paz, las llamadas oficinas de desarrollo de la comunidad y los consejos técnicos civiles y militares son también medios de sometimiento de los gobiernos, y lo es la Organización de Estados Unidos (OEA), la que en ciertos momentos se ve forzada a aceptar hechos consumados y a participar en ellos, como sucedió con la invasión militar norteamericana de la República Dominicana en 1965.

Todo ese gran poderío, el mayor del mundo, es transferido a los frentes oligárquicos de la América Latina, puesto que se usa para defen-

derías, para evitar su destrucción y para fortalecerlos. Así, el poder de los frentes oligárquicos equivale al poder de los Estados Unidos.

Debido a su debilidad económica, social y política, la burguesía latinoamericana se deja arrastrar por los frentes oligárquicos, pero especialmente por el integrante más poderoso de ese frente, que es el imperio-pentagonismo, lo que se explica entre otras causas porque éste es la mayor fuente de capitales en países donde el ahorro es muy pequeño. Por eso se ve con tanta frecuencia a sectores burgueses de la América Latina participar junto a las oligarquias en actividades conspirativas y de propaganda destinadas a derrocar gobiernos reformistas de ideología burguesa que son acusados desde los Estados Unidos de ser comunistas o procomunistas. Al servir los fines de los teamericanos, esos sectores se ponen, sin darse cuenta, al servicio de los frentes oligárquicos y contra sus propios intereses. Esto no significa, sin embargo, que las débiles burguesías latinoamericanas estén situadas políticamente en la extrema derecha. Hay sectores que lo están porque su debilidad económica, social y política les lleva a confundirse y a ser vacilantes. Pero hay sectores que tienen conciencia o instinto de cuál debe ser su posición. Una parte de la burguesía cubana, quizá mayoritaria, ayudó a Fidel Castro mientras éste se hallaba en la Sierra Maestra; una parte de la muy poca numerosa burguesía dominicana estuvo luchando junto con Caamaño en las filas de la revolución dominicana de 1965 frente a la oligarquía, primero, y a los invasores norteamericanos después.

FRACASO DE LOS FRENTES OLIGARQUICOS:

Los datos que aparecen en este trabajo, extraídos de publicaciones hechas por instituciones oficiales latinoamericanas, demuestran sin ninguna duda que el sistema económico y social en que vive la América Latina ha fracasado y no puede ofrecer a sus pueblos ni estabilidad ni progreso ni libertad ni justicia. Es más, no puede dar ni siquiera trabajo a todos los adultos, y ni aún a la mayoría de los adultos latinoamericanos, aunque se tratara de trabajo escasamente pagado.

¿A qué se debe el fracaso?

A que la América Latina vive desde hace largo tiempo dominada económica, social y políticamente por frentes oligárquicos, y éstos son incapaces, por su propia naturaleza, de dirigir y realizar cualquier tipo de desarrollo. La posición de cada una de las clases y de cada uno de los sectores latinoamericanos que forman los frentes oligárquicos en el campo social y su tipo de relación con los medios de producción corresponden a épocas totalmente superadas por la economía y la sociedad

modernas. La única de las fuerzas de esos frentes que por razones de su capacidad técnica y de su poder económico podría dirigir y realizar el desarrollo de la América Latina es el imperialismo-pentagonismo, pero sucede que éste va a la América Latina precisamente para actuar sin las limitaciones que le impone el tipo moderno de sociedad que hoy en los Estados Unidos. El imperialismo-pentagonista va a la América Latina para poner en práctica allí los métodos de explotación que se aplicaban en los Estados Unidos antes del "New-Deal" o Nuevo Tratado de Franklyn Delano Roosevelt, no para repetir los que se aplican hoy en su propio país. El imperio-pentagonismo edifica en la América Latina fábricas modernas, pero mantiene en el orden social y político un tipo de organización atrasada, con el cual no hay riesgo de que acaben poniéndose en vigor en esos países los mismos frenos que funcionan en los Estados Unidos.

El fracaso de los frentes oligárquicos latinoamericanos es de tal naturaleza que ha terminado por hacer fracasar también al sector norteamericano que forma parte de ellos. Esto fue reconocido por el presidente Nixon, como se dice en este trabajo, al declarar que la Alianza para el Progreso no había conseguido mejorar la situación de la América Latina.

Efectivamente, la Alianza para el Progreso no ha podido favorecer el desarrollo latinoamericano, lo que se explica porque fue concebida para ayudar al desarrollo de una sociedad burguesa atrasada o en crisis, y resulta que la América Latina no es una sociedad burguesa sino oligárquica; por otra parte, el imperialismo-pentagonista, que es un integrante de la oligarquía, desvía los fondos de la Alianza en provecho suyo y de sus compañeros en los frentes oligárquicos.

El fracaso de la Alianza ha sido de carácter económico-político, pero la intervención armada de 1965 en la República Dominicana fue la expresión de un fracaso político total. Desde el año de 1934, cuando abandonó la política de intervenciones militares, el imperialismo norteamericano había realizado intervenciones ocultas, en las que el gobierno de los Estados Unidos tenía el cuidado de no comprometerse públicamente y sobre todo el de no usar sus fuerzas militares, pues necesitaba mantener a los ojos del mundo la idea de que sus relaciones con la América Latina eran honorables, las de un país que respetaba la soberanía de los demás países del Hemisferio occidental y respetaba sus tratados y sus compromisos internacionales. Pero esa política se derrumbó en abril de 1965, cuando todo el aparato gubernamental norteamericano, encabezado por el presidente Johnson, por el Consejo Nacional de Seguridad, el Departamento de Estado, le Secretaría de Defensa, el embajador ante las Naciones Unidas, la cámara de representantes y muchos senadores, así como la maquinaria de propaganda oficial, fue dedicado al lanzamiento del poderío militar de la nación

sobre la pequeña República Dominicana. El fracaso completo de una larga política interamericana condujo a los Estados Unidos a usar su poderío armado en Santo Domingo.

Ese fracaso era inevitable, puesto que es imposible mantener funcionando una contradicción tan potente como la que hay en un sistema capitalista manipulado políticamente por frentes oligárquicos. El capitalismo es una empresa de la burguesía, y si no es así, fracasa, se equivocan aquellos que tienen siquiera la más remota esperanza de que los frentes oligárquicos pueden resolver los problemas latinoamericanos. El sistema está herido de muerte porque la contradicción que hay en su seno acabará matándolo. Ya están a la vista de todos los que tienen ojos para ver los síntomas de la destrucción de los frentes oligárquicos de la América Latina.

Esos síntomas son la revolución de Cuba, la rebelión de Jerarquías y sacerdocio de la Iglesia católica y la rebelión de los militares del Perú. En cuanto a la primera, sólo causas de carácter excepcional, que deben calificarse —y son— como fuerzas históricas en acción, pueden explicar un hecho así, producido en una dependencia económica, social y política de los Estados Unidos, situada a sólo noventa millas de las costas de la Florida; en cuanto al caso de la Iglesia y de los militares del Perú, no puede haber duda de que se trata de roturas de los frentes oligárquicos.

LA REBELION DE LA IGLESIA

Si este trabajo hubiera sido escrito antes de 1966, la Iglesia católica habría figurado en la lista de los componentes de los frentes oligárquicos latinoamericanos. Pero a partir de la muerte del padre Camilo Torres, ocurrida en un combate de soldados contra guerrilleros que tuvo lugar el 15 de febrero de 1966 en el municipio de San Vicente, Colombia, la Iglesia católica comenzó a adoptar una actitud cada vez más crítica ante las oligarquías de nuestros países.

Las prédicas del obispo Dom Helder Câmara, en el Brasil, seguidas por la Asamblea de Obispos de América celebrada en Medellín, Colombia, en abril de 1968; el Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo (Ver "El Nacional", Santo Domingo, 6 de octubre de 1968, páginas 20 y siguientes), en el que aparecen las firmas de varios obispos latinoamericanos y en las que pueden leerse frases como ésta: "Así evitaremos que algunos confundan Dios y la religión con los opresores del mundo de los pobres y de los trabajadores, que son, en efecto, el feudalismo, el capitalismo y el imperialismo"; la declaración de los obispos del Perú, en la que se denunciaron la injusticia y la miseria del país diciendo que esa situación "es la consecuencia de un proceso a escala mundial caracterizada por

la concentración del poder económico y político en las manos de muy pocas y por la existencia de un sistema económico imperialista" (Ver "Bishops indict rich minority in Perú", "The Times", London, January 29, 1969, página 5); la declaración de los obispos argentinos, que acusan de pecadores a los que "por egoísmo o insensibilidad erigen o mantienen estructuras opresoras" y proclaman la necesidad de que se inicie "un proceso de liberación donde quiera que haya opresión en los dominios jurídicos, político, cultural, económico y social" (Ver "Les Evêques ont vivement critiqué la politique économique et social de Government", "Le Monde", París, 6 de mai, 1969, página 10); la actitud de varios obispos de la República Dominicana, que se han colocado enérgicamente frente a los latifundistas del país; todo eso indica que la Iglesia católica ha resuelto no sólo abandonar los frentes oligárquicos latinoamericanos, en los cuales habría figurado durante más de un siglo, sino que además ha salido a participar activamente en la tarea de dismantelar esos frentes.

Aunque por razones explicables las declaraciones de los obispos y de las altas personalidades de la Iglesia católica de la América Latina son las que más se difunden, el movimiento está animado en todas partes por los sacerdotes de más bajo nivel, y entre ellos ocupan un lugar prominente los jesuitas. Uno de éstos, el padre y sociólogo argentino Alejandro del Carro, hablando en un congreso internacional en Québec, Canadá, dijo que "la violencia es la única solución que la gente puede encontrar cuando el 70 por ciento de sus hijos sufren desnutrición". El cable de la Associated Press en que se daba la noticia terminaba diciendo: "Agregó el jesuita que los norteamericanos deben prepararse a ver cómo toda Latinoamérica se convierte en socialista" (Ver el recuadro "Violencia", en "El Nacional", Santo Domingo, 8 de octubre de 1968, página 11).

Desde antes de terminar el siglo XVIII varios sacerdotes latinoamericanos comenzaron a tomar la delantera en la lucha por la independencia de los países latinoamericanos, y a principios del siglo pasado eran numerosos los que predicaban la necesidad de conquistar la independencia y fueron también muchos los que participaron en las tareas de la independencia, tales como el padre Henríquez de Chile, y el también padre chileno Cortés Madariaga, cuya actuación fue decisiva en la formación de la junta de gobierno de Caracas en abril de 1810; el padre Hidalgo, iniciador de la guerra independentista de México, y su continuador, el cura Morelos. La actitud de los sacerdotes rebeldes de la América Latina no es, pues, ninguna novedad y no debe disminuirse su tremenda importancia, vista la influencia que ha tenido siempre la Iglesia católica sobre las masas de nuestros países.

EL GOLPE MILITAR DEL PERU, 1968

Desde el punto de vista de la composición de las fuerzas oligárquicas, ninguna de las nacionales es más importante que el poder militar pues los ejércitos han sido la base nacional de cada frente oligárquico.

Desde que el imperialismo tomó el control de los ejércitos latinoamericanos por medio de las misiones militares norteamericanas, de las ayudas en equipos, de la educación en Estados Unidos y Panamá y del adoctrinamiento político, las fuerzas armadas de la América Latina han reforzado el poder de los frentes oligárquicos. Puede medirse la frecuencia con que esas fuerzas armadas han derrocado gobiernos democráticos si se toma en cuenta que sólo en los años de la Alianza para el Progreso —1962 en adelante— ha habido 16 golpes de estado en la América Latina, es decir, a razón de dos por año. Catorce de ellos se dieron bajo el pretexto de que los gobiernos derrocados eran comunistas o procomunistas.

Sin embargo el golpe número 15 no siguió el patrón establecido. Ese patrón seguía unas líneas ya tradicionales: declaración de fe anticomunista y de sentimientos "pro-occidentales, al lado del mundo libre"; medidas para perseguir a demócratas y comunistas; disolución de partidos políticos de tendencias burguesas. Al derrocar al gobierno de Belaúnde Terry en el Perú, los autores del golpe número 15 no hicieron nada parecido; al contrario, declararon nacionalizada la empresa petrolera norteamericana Internacional Petroleum Company y tomaron medidas para limitar el capital extranjero invertido en la banca del país; después pasaron a establecer relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética y con otros países socialistas. El golpe peruano de 1968 fue, pues, un golpe dado al frente oligárquico. Con él quedó roto el esquema tradicional del papel que habían venido jugando los ejércitos latinoamericanos dentro de los frentes oligárquicos.

¿Por qué actuó así el ejército del Perú?

Porque a pesar de que se ha dicho sostenidamente que las fuerzas armadas de nuestros países forman una casta militar de origen oligárquico, la verdad es que desde hace años las fuerzas armadas han pasado a ser canales de ascenso social para la pequeña burguesía, y para 1968 eran mayoría los oficiales latinoamericanos que procedían de la pequeña burguesía, a menudo de su nivel más bajo. Ahora bien, como se explicó ya en este trabajo, en la pequeña burguesía hay hombres y mujeres con sentimientos revolucionarios, unos de tendencia burguesa y otros de tendencia socialista. Por otra parte, el hecho de que las oligarquías impidan el desarrollo de los burguesías latinoamericanas se traduce en una radicalización de la baja —y parte de la mediana— pequeña burguesía, puesto que éstas

ven cerrado por la parte más alta su canal de ascenso hacia la burguesía. En ocasiones esa radicalización se produce dentro del campo de la revolución burguesa, y determina a actuar a aquellos que tienen alguna forma de poder. Los militares peruanos estaban en ese caso y actuaron. Al hacerle iniciaron la rebelión militar contra los frentes oligárquicos de la América Latina, pero dentro del campo de la revolución democrático burguesa.

La actitud de obispos y sacerdotes católicos y el golpe de 1968 en el Perú son señales de que la América Latina ha entrado en una nueva etapa histórica. Para precipitarla y darle sentido social hay que organizar todas las fuerzas revolucionarias del Continente a fin de establecer la Dictadura con Respaldo Popular, el régimen que se encargará de desmantelar definitivamente a los frentes oligárquicos de nuestros países.

¿QUE SERA LA DICTADURA CON RESPALDO POPULAR?

La Dictadura con Respaldo Popular será un nuevo tipo de Estado que se dedicará a

1ro.—Garantizar trabajo, salud y educación a todos aquellos que actualmente no disfruten de esos atributos;

2do.—Garantizar absolutamente todas las libertades fundamentales del ser humano, y por tanto la supresión del hambre y sus funestas consecuencias sociales; de la explotación de unos hombres por otros que tienen el dominio de los bienes de producción; del terror gubernamental, policial o de otra índole;

3o.—Garantizar la verdadera igualdad de todos los ciudadanos, no sólo ante las leyes del Estado sino también ante aquellas que no están escritas y sin embargo mantienen divididos a los seres humanos por razones de raza, religión, estado social, cultura y sexo, y las que lanzan a luchar a unos contra otros para arrebatar, o no dejarse arrebatar, la comida, la posición y los derechos.

La Dictadura con Respaldo Popular no será la llamada democracia representativa sistema político propio de la sociedad burguesa, que ha venido fracasando en la América Latina durante más de siglo y medio. No lo será porque la democracia representativa, en el mejor de los casos, no puede garantizar trabajo, salud y cultura para todo el mundo, no puede garantizar las libertades fundamentales del ser humano y no puede garantizar su verdadera igualdad, dado que se trata de un sistema político y social fundamentalmente injusto, que se organiza y se sostiene sobre el principio de que hay hombres con derecho a explotar a otros y los hay con el deber de dejarse explotar.

A fin de asegurar no sólo el respeto a las libertades de todos, sino también para asegurar los derechos de cada uno y los de cada clase o sector social a disfrutar, en condiciones de igualdad con todos los demás, de los beneficios que pueda proporcionar la sociedad, en el gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular estarán representados, a través de las personas que ellos escojan libremente, todas las organizaciones del pueblo, las políticas, las sindicales, las económicas, las culturales, las científicas, las religiosas, las deportivas, el ejército, la policía, los empleados públicos y cualquier otra organización de cualquier índole. Los representantes de esas organizaciones actuarán al nivel de todos los órganos del Estado, desde las aldeas o secciones campesinas, los barrios de las ciudades, las provincias o estados, hasta el gobierno nacional, y en ninguno de esos niveles podrán tomarse medidas que no sean aprobadas libremente y por mayoría por esos representantes.

Para establecer un Estado que pueda llevar a cabo los fines que se propone, la Dictadura con Respaldo Popular comenzará por afirmar la plena independencia del país y por tanto tomará las medidas que sean necesarias a fin de cortar toda influencia extranjera que se ejerza sobre instituciones, empresas, o personas, venga de donde viniere y sea cual sea su ideología.

Con el propósito de dismantelar el frente oligárquico la Dictadura con Respaldo Popular procederá en primer lugar a nacionalizar las empresas que pertenezcan a extranjeros, o la parte que puedan tener firmas extranjeras en empresas nacionales, y procederá a pagarlas con un tanto por ciento de los beneficios que den esas empresas o partes de empresas; pero no nacionalizará viviendas personales ni explotaciones agrícolas o establecimientos de otra índole pequeños que pertenezcan a extranjeros ni permitirá que ningún extranjero sea perseguido por el hecho de serlo; procederá también a nacionalizar los latifundios nacionales, y compensará adecuadamente a aquellos de sus propietarios que hayan luchado en favor del establecimiento del nuevo régimen. Los latifundios serán declarados propiedades sociales y serán entregados a los campesinos para que los trabajen bajo el sistema de cooperativas; procederá asimismo a nacionalizar la banca, que seguirá siendo administrada por los que trabajan en ella, pero declarado propiedad social; y procederá a nacionalizar el comercio exportador-importador, cuya administración quedará en manos de los empleados y obreros que los estén sirviendo en el momento en que se implante el nuevo régimen político, pero bajo la supervisión del Estado y con la participación de éste en los beneficios. En los casos de la banca, del comercio exportador y de otras empresas, se compensará también adecuadamente a los propietarios nacionales o extranjeros que hayan luchado en favor del establecimiento de la Dictadura con Respaldo Popular.

La Dictadura con Respaldo Popular no será un régimen anti-burgués, y por lo mismo sólo podrá nacionalizar las empresas de aquellos burgueses nacionales que se opongan a su implantación o que después de establecida actúen para derrocarla; pero tampoco establecerá una sociedad burguesa, y por esa razón tomará medidas para impedir que las empresas burguesas sean ampliadas en número o en poder político y social. A nadie se le confiscarán sus capitales, pero su inversión será regulada por la ley.

Todos los propietarios de empresas burguesas, sean campesinas o urbanas, agrícolas, ganaderas, industriales o comerciales —con la excepción de las de importación y exportación— podrán seguir al frente de ellas, en asociación con sus trabajadores y con el Estado, sin temor alguno de que sean perseguidos económica, política o socialmente, y sus organizaciones tendrán representación en el Estado como cualquiera otra organización.

Las propiedades agrícolas o urbanas de la pequeña burguesía serán escrupulosamente respetadas hasta el límite en que sus beneficios no se obtengan a base de la explotación del trabajo ajeno. Los campesinos dueños de propiedades pequeñas y medianas recibirán todos los beneficios que puedan proporcionar las cooperativas campesinas, pero sólo en el caso de que deseen asociarse a las cooperativas por su propia voluntad, pues la ley no podrá obligar a nadie a participar en las cooperativas campesinas o urbanas, si no lo desea.

Toda empresa que funde el Estado será propiedad social, administrada por los que trabajen en ella.

La Dictadura con Respaldo Popular respetará en sus cargos a los empleados públicos que no conspiran o actúen contra ella, y en este último caso, como en todos los de ese tipo que se presenten, las acusaciones de conspiración o actuación el nuevo régimen tendrán que ser probadas en juicio público, pues todos los ciudadanos deberán vivir libres del miedo de ser perseguidos injustamente.

La Dictadura con Respaldo Popular procederá a garantizar a todos los niños y jóvenes la educación totalmente gratuita, incluyendo en este concepto, libros, material escolar, transporte, atención médica y medicinas y alimentación, y organizará escuelas de todos los tipos para los adultos que deseen aprender cualquier oficio y cualquier carrera, o para aquellos que deseen ampliar sus conocimientos.

La Dictadura con Respaldo Popular establecerá como derechos fundamentales, el de los campesinos a la tierra, el de todos los hombres y mujeres al trabajo, el de todos los niños y jóvenes a la educación, el de todo

el pueblo a la salud, a la igualdad, y a que se respeten integralmente su libertad, su dignidad y los atributos de la personalidad humana de cada ciudadano.

Los mandos de las fuerzas armadas y los cuerpos policiales serán confiados a aquellos de sus miembros, sean oficiales, sargentos, cabos o rasos, que hayan dado pruebas de que defienden y hacen respetar los principios de la Dictadura con Respaldo Popular.

No se perseguirá en ninguna forma a las personas que hayan sido adictas a los frentes oligárquicos, a menos que actúen contra la Dictadura con Respaldo Popular en el proceso de la toma del poder por el nuevo régimen o después de establecido.

Las leyes que deberán regular el funcionamiento de la Dictadura con Respaldo Popular serán elaboradas por el pueblo, a través de todas sus organizaciones, mediante decisiones tomadas libre y democráticamente.

CON QUIENES DEBE CONTARSE

La Dictadura con Respaldo Popular es un régimen llamado a beneficiar a casi toda la población, pero no toda va a luchar por ella. Habrá algún miembro de la oligarquía que lo haga, habrá burgueses que lo hagan también, porque en todas las clases sociales aparecen hombres y mujeres dispuestos a sacrificar sus privilegios en favor del bien de todos, pero debe esperarse que la oligarquía y la burguesía combatan la idea de la Dictadura con Respaldo Popular, los primeros porque se trata de una revolución antioligárquica y los segundos porque la propaganda norteamericana los ha convencido de que cualquier cambio que se haga en nuestros países será en perjuicio suyo.

Puede darse por descontado que en la pequeña burguesía, el sector alto se opondrá a la Dictadura con Respaldo Popular con más vigor todavía que la burguesía, pues a ello lo llevará su inclinación a insertarse en el mundo de la oligarquía. Pero no puede decirse lo mismo de la mediana pequeña burguesía, en ese estrato la idea de la Dictadura con Respaldo Popular hallará numerosos defensores y algunos activistas, especialmente en el campo de los intelectuales, los artistas y los profesionales.

El número de los defensores y los activistas será mayor aún entre los pequeños burgueses del sector bajo, especialmente del que se halla lindando con el proletariado, que es donde están situados los que podemos calificar como el alto semiproletariado, pues hay otro semiproletariado, al que podríamos llamar bajo, que está situado entre los obreros y los desem-

pleados. El ala de la baja pequeña burguesía que ha renunciado a la ilusión de pasar a la mediana y a la alta, que se ha desengañado de la llamada democracia representativa, será partidaria de la Dictadura con Respaldo Popular.

Tanto en la mediana como en la baja pequeña burguesía se hallarán, también, enemigos irreconciliables de la Dictadura con Respaldo Popular, y probablemente en mayor número, relativamente, que en la alta. Hay que tener en cuenta que como se dijo arriba la pequeña burguesía quiere reformas que faciliten su paso hacia la sociedad burguesa, y que en ella hay una parte reaccionaria; que maquina, lucha, trabaja y conspira en favor de los frentes oligárquicos porque las oligarquías son al mismo tiempo el modelo que la atrae y el campo de negocios donde con mayor rapidez y facilidad puede hacerse de poder y de dinero; hay que recordar también lo que se dijo de una parte de la baja pequeña burguesía, que para evitar caer al nivel del proletariado y aún al de los desocupados o desempleados y subempleados se presta a toda clase de inmoralidades, a ser espías y asesinos a sueldo. Así, pues, los activistas de la Dictadura con Respaldo Popular que procedan de la pequeña burguesía, que no sean conocidos como revolucionarios honestos, tienen que ser sometidos a un proceso de educación revolucionario metódico, libre de prejuicios, pero encaminado a hacer de cada uno de ellos un hombre y una mujer conscientes de cuáles son sus vicios de clase y cómo debe despojarse de ellos para servir mejor al pueblo. De todos modos, en la República Dominicana, que es el país de América Latina al cual va destinado este trabajo, se conocen en sentido general todos aquellos que tienen voluntad de cambios revolucionarios y decisión para ejecutarlos, y la obra de educarlos para que superen sus vicios de clase no será una tarea difícil; tal vez lo sea más en otros países de mayor población que no se encuentran en medio de un proceso de agitación como el que viene atravesando Santo Domingo desde 1961.

Toda la clase obrera será beneficiada en conjunto por la Dictadura con Respaldo Popular porque en el caso de las empresas privadas pasará a ser asociada, lo que le proporcionará seguridad. Es probable que entre los trabajadores haya varios, y tal vez muchos, indiferentes a la hora de luchar por la implantación de la Dictadura con Respaldo Popular, dado que en países donde el desempleo es tan alto los que reciben un salario y tienen las ventajas de los seguros sociales son en cierto sentido privilegiados, pero probablemente serán muy pocos los que se opongan a ella; entre éstos se hallarán sin duda los líderes que se encuentran al servicio del imperio-pentagonismo, como asalariados de los agregados obreros de las embajadas norteamericanas y agentes de la American Federation of Labor-CIO.

La Dictadura con Respaldo Popular encontrará partidarios ardientes entre los semiempleados o subempleados del sector bajo, es decir, aquellos que proceden de los sintrabajo o chiriperos y están situados entre éstos y los trabajadores. Aunque parezca extraño, en esos dos sectores sociales se forma pequeña burguesía, lo que se explica porque la generalidad no puede aspirar ni siquiera a un puesto de trabajo en una fábrica, dado que las sociedades latinoamericanas no están en capacidad de ofrecer puestos de trabajo a todos los que necesitan trabajar; y en esa situación, miembros de esos sectores buscan medios de vida en actividades personales, como ventas ambulantes y trabajos de artesanía de escaso valor. Lo más lógico es que en esa baja pequeña burguesía que surge de lo más profundo de la porción más oprimida de nuestros países haya algunos que prosperen y otros que no prosperen; los primeros se sentirán naturalmente inclinados hacia los frentes oligárquicos, y también naturalmente deben ser enemigos muy activos de la Dictadura con Respaldo Popular, de manera que sería inútil buscar entre ellos quienes la apoyen; pero los segundos, que son la mayoría, la apoyarán resueltamente.

Todos los campesinos sin tierra, y los que tengan tierra en tan poca cantidad que no les de para mantener su familia en un nivel decente, así como los trabajadores campesinos que sólo encuentran trabajo en épocas de cosechas, y aún en esas ocasiones son mal pagados, serán partidarios de la Dictadura con Respaldo Popular, ya que ésta les proporcionará a los primeros tierras para ser cultivadas en cooperativas, y a los segundos les ofrecerá la ayuda de las cooperativas y precios buenos, fijos y beneficiosos para sus productos, y trabajo permanente a los terceros.

Ninguna clase social o sector de clase apoyará la Dictadura con Respaldo Popular con tanto entusiasmo como los desempleados, sintrabajo o chiriperos de las ciudades. En los países de la América Latina, éstos son, en verdad, los más explotados de todos los explotados. No son ni siquiera una reserva de mano de obra barata, puesto que bajo el actual sistema económico, social y político, no tienen ni podrán tener esperanzas de mejorar su suerte; no podrán jamás vivir con decencia y seguridad. No habrá nunca suficientes industrias para darles trabajo, ni suficientes tierras para que ellos puedan producir, ni suficientes escuelas y hospitales para ellos y sus hijos, a menos que el sistema actual sea transformado totalmente, tal como lo hará la Dictadura con Respaldo Popular. Poner a producir a esos hombres y mujeres, que son y representan a unos cien millones de seres humanos en la América Latina, significará doblar en poco tiempo la producción de todos o casi todos los artículos de primera necesidad. Esto es absolutamente imposible de lograr ahora, cuando 5 de cada 100 personas toma para sí 30 pesos de cada 100 que se pro-

ducen pero no lo será cuando la Dictadura con Respaldo Popular implante un sistema en el que de cada 100 pesos producidos se beneficiarán todos por igual.

Por último, la Dictadura con Respaldo Popular encontrará partidarios ardientes entre los jóvenes de las capas de la población que van desde los desempleados o chiriperos hasta la alta pequeña burguesía, sobre todo los estudiantes. En la porción de esa juventud procedente de la pequeña burguesía habrá que prever que además de los vicios de clases se producirán desvíos hacia el aventurerismo y el oportunismo, pero también habrá que tener en cuenta que en ella hay abundante material de líderes y decisión de lucha.

La lucha que deberán llevar a cabo nuestros pueblos para transformar de cuajo, real y verdaderamente, las estructuras latinoamericanas, será larga y dura, y por esa razón sería locura rechazar cualquiera fuerza que contribuya o pueda contribuir en la gran tarea. Es más, en la obra gigantesca que nos espera a todos, el que suma un enemigo a la causa de la Dictadura con Respaldo Popular estará actuando como traidor. Pero también actuará como traidor el que lleve a la lucha por la Dictadura con Respaldo Popular los vicios y las desviaciones que son parte de los hábitos de ciertas clases y sectores sociales, y actuarán con resultados tan malos como la traición los dirigentes que dejen pasar las manifestaciones de esos vicios y esos desvíos sin tratar de enmendarlos.

PRINCIPIOS GENERALES Y ORGANIZACION

La implantación de la Dictadura con Respaldo Popular debe ser el resultado de un trabajo metódico, que excluya toda posibilidad de acciones aventuradas, descabelladas y precipitadas, y que asegure la participación del pueblo en todas las medidas que se tomen a lo largo del proceso de formación de conciencia, de organización y de conquista del poder.

Toda actividad que se realice sin contar con el pueblo, a sus espaldas y sin tomarlo en cuenta por encima de todas las cosas, es profundamente reaccionaria. Cuando a la hora de tomar decisiones se actúa creyendo que el pueblo desea lo que desea un grupo de dirigentes, se lleva a cabo un acto de suplantación de la masa por los líderes, y esto quiere decir que ese grupo de líderes se considera superior al pueblo, más inteligente o más autorizado que el pueblo. La suplantación del pueblo por aquellos que lo dirigen o aspiran a dirigirlo se paga siempre con el abandono de las masas, pues éstas saben mejor que nadie qué quieren y qué necesitan, y acaba dándoles las espaldas a aquellos que se

toman a sí mismos por sus representantes sin respetar su derecho a expresarse, sin haberse ganado con una conducta genuinamente popular el derecho a representarlos. Para representar a las masas hay que convivir sincera y honestamente con ellas, hay que conocer sus problemas, sus inquietudes y sus ideas.

La dictadura con Respaldo Popular sólo podrá alcanzar el poder cuando cuente con el apoyo de las masas, y eso sucederá cuando el pueblo haya adquirido confianza y fe en la idea, en la organización y en los hombres encargados de llevar a la práctica la Dictadura con Respaldo Popular, al punto que identificará esa idea, a esos hombres y a su organización con su necesidad de libertad y justicia, de respeto y bienestar. La Dictadura con Respaldo Popular deberá ser, pues, eminentemente popular antes, durante y después de tomar el poder, y su única fuente de poder deberá ser la voluntad del pueblo.

Para convertirse en los depositarios de la fe del pueblo y en sus directores, los partidarios de la Dictadura con Respaldo Popular deberán organizarse en un frente en el cual trabajen metódicamente, con disciplina y al mismo tiempo con libertad creadora. Las tareas de desarrollar la tesis de la Dictadura con Respaldo Popular, así como de elaborar la estrategia, la táctica y los programas que deberán ser aplicados en cada ocasión, deberán ser el producto del trabajo en común de todas las fuerzas reunidas en ese frente. (1)

La presencia en el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular de todas las fuerzas antiloligárquicas, y por tanto anti-imperio-pentagonistas, cada una disfrutando de su independencia pero todas unidas en un fin común, garantizará que a través de la mutua vigilancia ideológica, estratégica y táctica, se mantenga perennemente vivo y alerta el propósito de transformar de cuajo las estructuras sociales de nuestros países para edificar en ellos el hogar de la libertad y el reino de la justicia.

París, 6 de mayo de 1969.

(1) Esta tesis ha sido escrita para que sirva de base de discusión para la plataforma ideológica del Partido Revolucionario Dominicano. Si éste adopta la tesis, a él le tocará decidir cuándo y en qué forma deberá trabajar con otros partidos para establecer el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular.